



LA AZOTEA

Fernanda Trías



LA AZOTEA

FERNANDA TRÍAS



La azotea
Fernanda Trías

Categorías: literatura uruguaya, novela, ficción
Categories: Uruguayan literature, novel, fiction

* * * * *

© 2015, Fernanda Trías
Publicada mediante acuerdo con VicLit
Primera edición, Trilce, Montevideo, 2001
Segunda edición, Puntocero, Caracas, 2010
Primera edición en Laguna Libros, Bogotá, abril de 2015

© 2015, de la edición electrónica:
Laguna Libros, eLibros Editorial, enero de 2015
www.lagunalibros.com
www.elibros.com.co
Calle 74 A 22 31, of. 311
Bogotá, Colombia
Tel. (571) 345 0122
Email: info@elibros.com.co
Dibujos de la carátula
Laura Arango Uribe

ISBN 978-958-8812-41-0 (epub)
ISBN 978-958-8812-43-4 (azw)
ISBN 978-958-8812-39-7 (impreso)

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra sin permiso expreso de eLibros Editorial.
Hecho en Colombia - Made in Colombia

Si llegaran en este momento me encontrarían sobre la cama boca arriba, en la misma posición en la que me dejé caer cerca de medianoche. Once y treinta y ocho exactamente, la hora en que miré el reloj por última vez y la hora en que todo terminó. Le di un beso a Flor, le dije que soñara con los angelitos y ella cerró los ojos como si fuera una noche más.

La vela se consumió hace rato y ahora la oscuridad se come las paredes. Es como si el mundo entero lo supiera y se quedara agazapado solo por mí. No sé qué hora es, pero el tiempo ha ido acabando con mi miedo y con casi cualquier otra sensación. Como sea, van a tener que tirar la puerta abajo, porque la cadena está puesta y la cómoda apoyada detrás. Papá y Flor están en el otro cuarto y de alguna manera se hacen compañía. Yo no; yo no tengo a nadie, pero estoy decidida a esperar despierta.

A lo lejos oigo una sirena; puede ser una ambulancia o un patrullero, no sabría distinguirlas. A medida que se acerca, el corazón me martillea en el pecho, El sonido se hace estridente y me aturde cuando pasa bajo la ventana. Una luz roja iluminó por un instante las paredes, como hombrécitos de fuego que bailaron en el aire. Ahora la sirena también se aleja y quedo otra vez en la oscuridad muda del cuarto. Estoy sola Tengo que convencerme de que eso que está en el otro cuarto no es un hombre, no es papá. Tapados y juntos parecían dormidos.

Es increíble pensar que tuve una vida antes que esta, un trabajo, una casa, de los que sin embargo no recuerdo nada. Para mí la verdadera vida empezó con la muerte de Julia, estos cuatro años que terminaron hoy.

El olor a pájaro se había pegado al cuarto de papá. Algunos días abría la ventana para ventilarlo, pero el aire se había acostumbrado a quedarse en el mismo lugar, como un remolino en pena. Cuando se lo dije, él contestó que era mi culpa, por no haber abierto la ventana durante meses.

—Porque cuando la abría te ponías a pedir auxilio como un loco. Tres veces te salvé de que te llevaran al manicomio.

Eso fue al principio, la época en que me gritaba cada vez que entraba a llevarle la comida. Un día hasta simuló un ataque de asfixia. Terna la cara hinchada de tanto toser y agitaba los brazos como una libélula gigante. Después fue perdiendo las ganas de gritar, O fue que aprendió a quererme un poco; o fue por Flor, aunque eso tardó en aceptarlo.

Hace mucho tiempo leí que a las doce semanas de gestación un bebé es tan grande como una naranja. La foto que aparecía en el libro era un rectángulo negro donde flotaba una medialuna blanca con los bordes gastados. Si ponía la hoja de lado, parecía una sonrisa o un ojo haciendo una guiñada. Esos meses y los anteriores, cuando papá estaba tranquilo y no gritaba, fueron meses felices. El bebé se movía y hasta hablaba con un ronroneo que solo yo podía oír. Por entonces tenía una ilusión que duró incluso un tiempo después del nacimiento de Flor. Después se fue quebrando, y ni siquiera me di cuenta.

Tuve paciencia con papá. Yo quería que me tocara la panza y oyera los ruiditos de burbujas que me nacían de adentro, pero esperé un poco más antes de pedírselo. Un día me decidí y entré a

su cuarto. Era una hora rara, la mitad de la tarde, así que papá se quedó mirándome cuando aparecí con las manos vacías. Estaba acostado sobre el lado derecho, por encima de las frazadas y con un codo en la almohada. Me acerqué a él y me levanté el buzo.

—Mira cómo creció —dije, y le ofrecí la panza—. Dieciséis semanas.

Ni me miró. Cerró los ojos, giró en la cama y se quedó inmóvil, de cara a la pared. No sé por qué le venían esos ataques de malhumor. Un día estaba contento y me dejaba un espacio libre sobre la cama y al otro ni siquiera me hablaba. Las cosas habían empeorado desde que le había contado lo del bebé, que pronto íbamos a tener uno que sería solo nuestro.

—Vamos a ser una familia otra vez —le dije, pero él no se lo tomó a bien y se puso como un niño encaprichado.

Papá era así cuando se lo proponía, caprichoso y más terco que nadie.

Supongo que el apartamento tampoco ayudó. La ventana del cuarto nunca recibía de pleno la luz del día y apenas entraba un reflejo cuando el sol pegaba fuerte en el paredón de la iglesia. Esos días el pájaro cantaba más que nunca. Papase incorporaba un poco en la cama, de frente a la jaula, y la rociaba de alpiste, igual que los viejos en las plazas. La misma expresión cansada y ausente: el cuerpo entumecido y un único brazo que se movía solo.

El paredón de la iglesia, esa ola gris que nos tapa los ojos por los dos lados, siempre fue nuestro castigo. Papá no me quiso decir si la iglesia se construyó antes o después de que Julia comprara el apartamento. Cuando nos mudamos yo tenía cuatro años y lo único que recuerdo es el trajín de obreros que cargaban muebles por la escalera. Entre el caos de cajas y polvo, daba vueltas como una gallinita ciega, tropezando con las piernas peludas de los obreros. Entre el bosque de piernas busqué las de papá pero no las reconocí. Eso es lo único que recuerdo. El resto lo olvidé o no le presté atención. Del paredón, nada.

Según Carmen, Julia podría haber comprado un apartamento cerca de la playa.

—No lo hizo de tarada, nomás —me dijo un día.

Creo que Julia se sentía protegida por la sombra del paredón. Nunca iba a la misa de los domingos, le gustaba estar sola en la iglesia y prefería cruzar a la hora de la siesta, cuando todos se olvidan de los santos. Se sentaba en los bancos del fondo y miraba el aire; supongo que esperaba que algo especial sucediera. Lo de ella era un acercamiento físico: lo más cerca que se podía estar de la espalda de Dios. Tal vez pensara que junto a este paredón nada malo podría pasarle. Pero se equivocó. A veces yo acompañaba a Julia a la iglesia. Gateaba por debajo de los bancos hasta que las medias canchán me quedaban negras y agujereadas en las rodillas. Me gustaba el olor a barniz nuevo, sobre todo si podía arrancar las bolitas de barniz endurecidas y chupallas igual que un caramelo. Julia rezaba o miraba hacía adelante. Qué raro es el aire en las iglesias. Denso, pegajoso, lleno de presencias.

No sé cuándo todo empezó a ir mal o qué fue lo que desencadenó el fin. En algún momento creí que había sido el embarazo. Ahora, que ya no me queda otra cosa que mirar hacia atrás, me parece que nunca hubo un principio sino un largo final que nos fue devorando de a poco. Si recuerdo es porque quiero estar con ellos un rato más. Nadie puede entender lo que siento: en soledad, sin esperar nada, sabiendo que me empecino en defender algo que ya no existe.

Cinco o seis meses de embarazo, no más: estaba en la cocina preparando carne para mí y puré de zanahoria para papá, que solo comía vegetales. Esa misma mañana le había dicho que en cualquier momento iba a transformarse en un canario de tanto comer verdura, que iba a escaparse volando por la ventana. Lo había dicho riendo. Él no contestó, pero le brillaron los ojos como si imaginara algo.

—Ni lo sueñes —le dije.

A veces me daba miedo que pudiera transformarse de verdad. Esos días cerraba los postigos y hasta me venían pesadillas. Le veía crecer plumas, primero detrás de las orejas, como pelos canosos, después debajo de los brazos y en el resto del cuerpo. Siempre me despertaba antes de que la metamorfosis se completara.

Abrí la puerta del cuarto, haciendo equilibrio con la bandeja en una sola mano, y prendí la luz. Era invierno, junio o julio, no sé, pero incluso de día había que encender las luces. Él estaba despierto y con los ojos abiertos, acurrucado como un pañuelo usado, y ni siquiera me saludó. Dejé la bandeja al lado de la cama y me senté junto a él.

—Te traje zanahoria. ¿No me pediste zanahoria?

Siguió callado. Se le cerraron los ojos o los cerró. Dijo que estaba pensando en la rambla, en los muros y en las olas golpeando el muelle, como cuando iba a pescar. Para qué pensar en eso, contesté, los muros están todos herrumbrados y el agua tiene olor a podrido.

—Los que pescan ahí se mueren intoxicados —le dije.

El pájaro había ensuciado la jaula y se había dormido parado, con la cabeza encajada en el pecho.

—Se hizo de nuevo dije.

—Es un pájaro. No se hace. Hace.

—Igual tengo que limpiarlo yo. Yo me encargo de todo en esta casa, sin ayuda de nadie.

Saqué el papel de diario del piso de la jaula y miré si tenía agua en el tarro. Entonces oí la voz de mi padre, ahora con energía, diciéndome que quería salir, que lo dejara ir a la rambla.

—Por favor, papá. ¿Qué se te dio otra vez con ese tema?

Fingí estar tranquila pero la espalda se me puso rígida y sentí un tirón en la nuca, como si se me hubiera formado un coágulo de pensamientos y de palabras. Le habría querido decir a papá que el mundo se hundía, que nosotros éramos el único mundo posible y que, de todas formas, terminaría por odiarlo. Pero me salió otra cosa, incontrolable y llena de furia:

—No hay rambla ni plaza ni iglesia ni nada. El mundo es esta casa.

Papá soltó un gemido, como si hiciera fuerza para llorar, y dijo que iba a morirse sin volver a ver gente.

Qué insignificante era cuando lloraba, como un nenito encaprichado. Hasta me venían ganas de lastimarlo, porque él mismo me había enseñado que había que ser fuerte en la vida, que el llanto y el sentimentalismo no conducían a nada. No me gustaba sentirme así, con miedo de mí misma. Lo mismo me pasaba de niña, cuando Julia me decía que no pisara las flores de los canteros en la plaza. No pisar *el césped*, decía el cartel, pero en cuanto Julia se distraía yo salía corriendo por el

cantero. Era una corrida frenética: miraba hacia atrás para vigilar a Julia mientras los pies se me hundían en la tierra nueva. Después salía del cantero y me limpiaba la tierra con cuidado, fregando las suelas en el pasto. Pocas veces me animaba a mirar el camino de flores machacadas que había dejado atrás. Tenía miedo de que alguien me dijera algo o llamara a la policía. Una tarde, al volver a casa, Julia me preguntó por qué tenía las medias sucias de tierra. Me largué a llorar enseguida. Temblaba y los mocos me bañaban la cara.

—¿Qué le pasa? dijo papá.

—Le pasa que no puedo con ella.

—Vos no sos mi mamá —le dije llorando.

Papá me abrazó y me llevó al balcón.

—¿Ahora soy sapo de otro pozo, yo? —le gritó Julia.

La verdad es que a mí me gustaban esas flores y no sé por qué cedía al impulso de pisarlas. Después siempre me arrepentía e imaginaba que nacían de nuevo, más fuertes y hermosas que antes.

La discusión con papá no se resolvió. Había hecho tanta fuerza para llorar que ahora se había largado en serio. Le dije que no llorara más, que no servía de nada actuar así, pero él escondió la cabeza en la almohada y me dijo que lo dejara solo.

Fui a la cocina a buscar la botella de agua. Por alguna razón no podía dejar de pensar en conejos; siempre había querido tener uno blanco y llamarlo Popi. Había escondido una caja debajo de la cama donde pensaba guardarlo, porque papá me prometía uno cada vez que se peleaba con Julia. Pero al final nunca lo tuve. A Julia no le gustaban porque dejaban caca como maní con chocolate, comían las plantas y traían enfermedades.

Volví al cuarto de papá, le serví agua y dejé el vaso en la mesa de luz sobre una servilleta. Ya no lloraba. Tenía los puños apretados con fuerza y la piel se le había puesto blanca y tirante en los nudillos. Le agarré la mano y él la fue abriendo hasta dejarla floja.

—Unos meses más y llegará el bebé —le dije— Va a ser varón, estoy segura. ¿No quisiste eso siempre? Mirá.

Me abrí la blusa para que viera cómo me estaban creciendo los pechos. Estaban duros y con algunas venas azules. Él miró con curiosidad, pero de pronto fue como si recordase algo feo y cambió la cara.

—Cerrate eso —dijo—. Yo no quiero nada. Quiero estar solo.

Por la noche tampoco tocó la bandeja con comida y cuando entré para cambiar el agua del canario, vi las verduras desperdigadas en el piso. Algunas estaban aplastadas contra el parqué y fue imposible sacar los restos de entre las ranuras. Mientras yo barría y limpiaba, él se quedó debajo de las frazadas, tapado hasta la cabeza. Sentía la garganta como papel de lija, pero me contuve para no decir algo que empeorara las cosas. Cada vez me costaba más agacharme para limpiar; la panza me pesaba y de noche no encontraba una posición cómoda para dormir, así que estaba siempre cansada.

—¿Querés las pastillas? —le pregunté.

Él no contestó. Los dos sabíamos que no podía dormir sin sus pastillas, pero estaba tan encaprichado que era capaz de pasar la noche en vela antes que contestarme.

—Entonces voy a tener que trancar la ventana...

Por entre las almohadas oí el silbido de sus pulmones y el sorber de su nariz congestionada
—Déjalas ahí —dijo por fin.

Las puse sobre la mesita, junto al vaso de agua, y apagué la portátil.

—Hasta mañana, que descanses —dije.

Me acerqué y le di un beso en la mano, la única parte del cuerpo que estaba fuera de las frazadas, pero ni siquiera la movió.

Ya hacía tiempo que no usaba pantalones. Los de lycra me ajustaban tanto que me sentía estrangulada. Los vaqueros y los de tela directamente no me cerraban. A veces imaginaba al bebé faltar de espacio, estirándose dentro de mí y empujando con pies y manos para que mi carne cediera como un elástico. Tenía miedo de que papá me viera fea y que nunca más volviera a acariciarme. Julia siempre había sido flaca y atlética y papá le decía que le daba orgullo tener una mujer así.

Esa noche soñé que engordaba tanto que me convertía en una ballena y que unos marineros me levantaban por la cola y me tiraban al mar. Entre los marineros estaba papá. Se reía y chapoteaba en el agua de la orilla. Cuando me desperté estaba agitada, casi con taquicardia, y salí corriendo a su cuarto. Eran las cinco. El pájaro y él dormían, los dos con la cabeza hundida en el pecho. Los postigos estaban trancados.

Más tarde, a eso de las siete, papá empezó a llamarme a los gritos. Apenas estaba amaneciendo y solo se filtraba una tenue luz por el contorno de la ventana.

—¿Qué pasó? ¿Te sentís mal?

Le faltaba el aire o fingía no poder respirar. Me rogó que abriera la ventana, que el canario y él se estaban ahogando. "Nos ahogamos", fue exactamente lo que dijo. Siempre que se refería a él y al canario decía "nosotros".

—No puedo abrir la ventana. ¿No te enteraste de que estamos en invierno? ¿Querés enfermarte?

Señaló al canario. Me acerqué a la jaula y casi metí la nariz entre los alambres.

—Prendé la luz —dijo.

Al prender la portátil el pájaro se despertó, engañado, y sacudió las plumas.

—¿Ves? Está vivo.

De tarde vino Carmen atraerme las compras que le había encargado. En cuanto le abrí, empujó las bolsas con el pie, entró y se desplomó en el sillón del comedor. Se cubrió la nariz colorada de frío y sopló dentro de las manos. Unas manos enormes y peludas. Las bolsas de nailon le habían dejado unas franjas blancas en la piel. Llevé todo a la cocina y, antes de que me dijese algo, puse el agua para la infusión de hierbas que me había recomendado.

Desde la cocina se oían los bufidos de Canuten rezongando sobre el tiempo y lo caro que estaba todo. Dos o tres veces preguntó cómo me sentía, pero no me dejó responder. Enseguida volvió a quejarse del invierno, del frío y de lo peligroso que era pescar una gripe a esta altura de la vida. Su acento extranjero, mezclado con el silbido de la caldera, me hacía difícil entender lo que decía.

Volví con las dos tazas y nos sentamos a la mesa. Probé el borde de losa con los labios y el olor agrio a uyo me pinchó la nariz.

—Es bueno —dijo al ver mi cara de asco—, Tomalo.

Volví a oler y sorbí un trago corto. Los fragmentos de hojas mal coladas me rasparon la garganta.

—¿Y tu padre cómo está?

—Mal, muy enfermo. Empezó a delirar otra vez.

Carmen suspiró y miró hacia arriba.

—Qué desgracia, muchacha. Qué carga parra vos. Y ese señor que viene a veces, ¿es tu novio?

—¿Qué señor?

—Ese, con el maletín.

—Es el hombre de los remedios.

—De los remedios y algo más —dijo, y me guiñó el ojo con una risita.

Pero yo no me reí. Se había puesto a hacer ese tic de mordisquearse los nudillos y me di cuenta de que estaba nerviosa.

—En esta casa somos dos y uno en camino —le dije—. No hay nadie más.

—Entiendo, muchacha. Soy una tumba.

Después intentó cambiar de tema y me contó sobre el niño que había traído al mundo la noche anterior.

—La madre pesaba 140 kilos —dijo, mientras jugueteaba con la cuchara dentro de la taza—. Estaba postrada desde hacía seis meses y tuve que meter el brazo hasta el codo para que soltara a la criatura. Parecía un puerco, el pobre. Uno de los tres marranos, te digo.

Las tardes en que Carmen me traía el yuyo medicinal intercalaba historias de parturientas con anécdotas de su infancia en no sé qué país de Europa. Una vez me contó que su padre era un hombre muy culto que estudiaba filosofía frente a una estufa a leña. Carmen se sentaba con sus dos hermanos en el suelo y escuchaban las explicaciones del padre. Un día les había hablado sobre la energía del pensamiento. Explicó que los pensamientos eran materia. Con eso quería decir que podemos lograr cosas con solo desearlas; lo único que se necesita es dirigir correctamente la energía. Un día una bomba cayó sobre la casa de Carmen y mató al padre y a sus dos hermanos. Carmen los vio gritar entre las llamas pero nadie pudo salvarlos. Ella y su madre sobrevivieron cocinando ratones en las pilas de libros que quemaron durante días antes de subirse a un barco que los dejó en nuestra costa.

Según Carmen, atraer las cosas con el pensamiento era posible. Había que sentarse en un lugar cómodo, cerrar los ojos e imaginar lo que queríamos lograr como si ya hubiese sucedido. Desde el momento mismo en que lo imaginábamos, me explicó, el deseo empezaba a cumplirse.

A partir de ese día pensé mucho en Julia. Me quedaba mirando por la ventana de la cocina hacia la maraña de cuerdas que atravesaba el patio interior como una red de venas dentro de un cuerpo hueco. Ahí suspendida, entre las cuerdas de colores, se me aparecía la cara de Julia sonriente, como la recordaba por última vez. Pensaba mucho en ella y en cada una de las veces en que la había odiado. Pensaba, sobre todo, en que yo podía haber causado el accidente.

El ropero de mi cuarto todavía está lleno de las cosas de Julia. Nunca llegué a sacar todo ni a revolver entre las cajas de zapatos apiladas arriba. Excepto por las fotos y esos pocos vestidos, nunca me animé a tocar sus cosas.

El vestido que más usé fue una solera roja a lunares, la favorita de papá. Es cierto que nunca dijo una palabra, como si nota reconociera, pero cuando yo destrancaba la puerta y asomaba media pierna dentro de su habitación, él reía descontrolado. Balanceaba la pierna de atrás hacia

adelante como en un número de cabaret y después iba asomando el resto del cuerpo, un brazo, el hombro, la otra pierna, hasta entrar por completo en el cuarto. Ahí se terminaba el juego. Papá adoraba el momento en que la pierna hacía su aparición por detrás de la puerta y yo, con la oreja pegada al otro lado, disfrutaba de su risa viva y fuerte como el graznido de un pato.

Un día lo desperté completamente vestida de Julia y con una taza de café. Me senté en la cama y me quedé mirándolo. Me pareció tan lindo, con los ojos azules enormes y las pestañas que se arqueaban hasta tocarle los párpados. Estaba un poco dormido pero sacó un brazo de entre las frazadas y me acarició la pierna, de arriba abajo, despacito, dejando que los dedos resbalaran sobre la tela suave del vestido. Me dio vergüenza y cerré los ojos, pero los abrí dos o tres veces para espiar entre los párpados; las pestañas hacían como una red y nadie hubiera dicho que los tenía abiertos. El pecho de él saltaba como un sapo y yo rogué en silencio que la mano siguiera subiendo. Más arriba, un poco más; entre los muslos. El vestido se me había subido y él me acariciaba la pierna con la mano tibia y firme, tanteando como un ciego. Después encontró el vestido y lo apretó con fuerza; pensé que iba a romperlo, pero no, lo soltó y me hizo un espacio contra la pared.

Hay cosas en las que prefiero no pensar. A veces hasta el propio pensamiento es una invasión, como mirarse desnuda al espejo: da más vergüenza que si nos viera otro. Me pregunto si no habrán sido esos pocos encuentros —como luces rojas en una carretera apagada— los que guiaron mi vida.

Después el vestido destiñó. Lo lavé junto con otra ropa roja y los lunares quedaran rosados. Papá también cambió. La pierna ya no le provocaba risa y a veces hasta lloraba y murmuraba *Julí*, *Julí*, como en una pesadilla.

El cuarto de Julia se mantiene idéntico a como antes de su muerte: la misma colcha calada y descosida, la mecedora, las bolsas en el ropero. Las pantuflas siguen debajo de la cama y parecen dos gatos disecados. Creo que estuve esperando que se desintegraran por sí solas, que se murieran igual que se murió Julia y dejaran de atormentarme. Pero no las toqué. Ni siquiera hoy, que van a ser finalmente profanadas por extraños, me animaría a tocarlas.

Desde el principio confié en que tarde o temprano papá iba a aceptar lo mucho que queríamos tener ese bebé. Cada tanto yo seguía insistiendo para que me tocara la panza, pero él se había encaprichado como nunca y no quería dar el brazo a torcer.

—Dos meses más y todo va a cambiar —le decía yo—. Vas a ver.

Él sacudía la cabeza, me daba la espalda y hasta me gritaba:

—¡Cállate, Clara! No digas eso.

—¿No quisiste siempre un varón?

—No, no puede ser. Andate, mentirosa.

—No grites. ¿Querés que se entere todo el edificio?

Pero lo cierto es que ya no tenía tanta fuerza para gritar como al principio. Sus gritos eran puro mover los brazos y ponerse rojo hasta terminar en un ataque de tos. Después él mismo me pedía las pastillas para dormir.

Por aquellos meses volvió a insistir con lo del muelle:

—Voy a volver, te prometo. ¿Por qué no vamos juntos y paseamos un poco?

Le pregunté si estaba loco, si creía que en mi estado podía andar caminando en pleno agosto por una rambla ventosa y contaminada.

—¡Por un capricho tuyo! ¿Sos capaz de todo, vos?

—Yo no soy capaz de nada —dijo, y se tapó la cabeza con la almohada.

Sentí un mareo, vi el fogonazo blanco que precedía el desmayo, y tuve que acostarme en el piso y levantar las piernas. La técnica me la había enseñado Carmen y funcionaba de verdad.

—Es nuestro bebé —le dije, cuando por fin pude levantarme—, eso es lo único que importa.

Él no contestó, pero cuando me estaba yendo, casi al llegar a la puerta, lo oí decir en un susurro:

—Mentirosa.

Esa tarde había quedado en ir a ver a Carmen para los ejercicios de preparación. Era la primera vez que entraba a su apartamento y me resultó espeluznante. De las paredes colgaban cacharos herrumbrados, cucharas de madera y adornos estafalarios. Hasta había una palmera de plástico en un rincón del cuarto.

Me hizo acostar en la cama, sobre una colcha peluda, y mover las caderas en círculos. Ella gritaba las instrucciones parada a los pies de la cama y las hojas de la palmera sobresalían por encima de su cabeza y le dibujaban una melena verde.

—Agrriba. Abajo. Agrriba. Abajo.

No me gustaban esos ejercicios; me hacían sentir ridícula, como un perro revolcándose en el pasto, pero Carmen insistió en que eran fundamentales y lo puso como condición para ser mi partera.

—Esas son las reglas —me dijo—. Sin reglas, no hay negocio.

Las acepté, tanto los ejercicios como las infusiones, porque no quería ir al hospital. Los

médicos hacen demasiadas preguntas, como la policía, y les gusta meterse en la casa de la gente para averiguar sus asuntos privados.

La última vez que había llamado a un médico no fue la excepción. Habían pasado dos meses desde la muerte de Julia y papá me tenía preocupada. No comía, no podía dormir, parecía que deliraba. Llamé, pero en cuanto corté supe que había sido un error. El médico resultó ser una mujer y eso me dio mala espina. Me quedé mirando mientras lo revisaba y le hacía preguntas. Él estaba de mal humor y le preguntó cuánto le faltaba para estirar la pata.

—Nada de eso —dijo la doctora—. Usted tiene mucho por delante, tiene que vivir.

Antes de irse me habló aparte. Yo tenía la puerta entornada y me pareció que ella la mantenía abierta trabándola con el pie. Creí que iba a empujarme y a echarme de mi propia casa, porque ese es el tipo de cosas que esta gente hace, pero no, estaba apurada, y supongo que no era el momento.

—Es un hombre joven me dijo—, solo tiene que empezar de nuevo. Si no se recupera en un par de meses, le recomiendo que consulte a un psiquiatra.

Un psiquiatra, dijo, como si estuviéramos locos.

—No parre, muchacha —me gritó Carmen— Siga, siga: agrriba, abajo, agrriba, abajo.

Me sentía apretada dentro de la ropa y me aflojé unos botones mientras seguía levantando la cadera, inhalando y exhalando como me indicaba Carmen.

—No puedo más —dije y me dejé caer sobre la cama. Estaba transpirada y la barriga me pesaba más que una bolsa de piedras.

Carmen se rio como un macaco y se sentó junto a mí. Me fijé en sus dientes amarillos y separados. Estiró una mano para tocarme, pero algo la detuvo y guardó la mano entre las piernas.

—Está crrreciendo mucho —dijo— Octubre o noviembre, no pasa de ahí.

Un domingo de octubre me decidí a ir a la feria; quería hacerle un regalo a papá, que seguía nervioso y encaprichado con lo del muelle. Había sol pero el aire estaba fresco, casi frío para esa época del año, y me puse un gorro de lana. Caminé sosteniéndome la panza, con miedo a que me pegaran un codazo y lastimaran al bebé. Calculé cada movimiento, anticipando los puntos de contacto con las personas que caminaban hacia mí, y más de una vez tuve que bajar el cordón de la vereda. La gente es bruta; empuja, pisa, no mira dónde pone el carrito. Sus ojos te revisan el cuerpo y siempre son dañinos. Antes, cuando papá y Julia vivían solos y yo alquilaba el apartamento de Magallanes, me gustaba ir a la feria los domingos temprano. Después vino el accidente, yo me mudé con papá y poco a poco fui abandonando todo lo que me unía a mi vida anterior.

Los fines de semana Carmen se retiraba a la carpa con los de su secta y no podía hacerme los mandados. En La carpa hablaban en su idioma y discutían sobre recetas naturales y las propiedades medicinales de las plantas. También se daban “ánimo para enfrentar la vida” y se apoyaban “como hermanos”, Así me lo había dicho ella y yo no me animé a preguntar más. Nunca supe dónde quedaba la carpa ni por qué la llamaba así. Tampoco sé de qué me habría servido saberlo; ellos eran muchos, nosotros solo tres.

Lo que quería comprar ese domingo era una pecera grande, con algas y peces de colores, La compré en el primer puesto de peces que encontré, aunque el vendedor me resultó desagradable y me hizo un chiste estúpido sobre mi gorro de lana. “Así no se te congelan los pensamientos” creo que me dijo. Me dio la pecera vacía con unas piedritas en el fondo y los peces con las algas en una bolsa de nailon. Los peces eran dos; el naranja miraba con ojos muertos; el blanco y azul arrastraba la cola como un velo de novia.

Antes de irme me paré frente a las jaulas de los conejos. Metí el dedo entre las varillas y lo hundí en el pelo suave y blanco hasta que di con el lomo. Tuve ganas de llevarlo a casa pero no me animé. Ojalá lo hubiera hecho, pienso ahora, ojalá hubiera hecho muchas otras cosas. El vendedor me echó una mirada fulminante y señaló el cartel sobre una de las jaulas; No tocar los animales. Este también me miró el gorro, pero por suerte no dijo nada. Saqué el dedo y caminé rápido hacia la avenida.

Cuando llegué a la puerta del edificio me dolía la espalda y tenía los brazos entumecidos de cargar con la pecera. Subí el primer tramo de escalera pensando en Carmen; la imaginé en La carpa, depilándose el dorso de las manos y riéndose de mí mientras yo arrastraba la pecera escalera arriba, descansando unos segundos entre tramo y tramo.

Llegué sin aliento. El apartamento estaba tibio y silencioso; el cuarto de él, cerrado. Puse agua en la pecera y dejé caer los peces junto con las algas. Era un recipiente demasiado grande para dos peces, pero pensé que de a poco iría agregando otras cosas, como esos castillitos que tiran burbujas. Tuve que hacer mucha fuerza para levantar la pecera y apoyarla sobre una silla; el agua la había vuelto pesada. Arrastré la silla sobre las patas traseras, tirando del respaldo, y al acercarme a la puerta de papá oí el piar del canario. Supuse que la luz estaría encendida. Dejé la pecera afuera, escondida, y abrí la puerta. Papá se sobresaltó.

—¿Habías salido? —me preguntó—. Te estuve llamando. ¿Qué era ese ruido?

El candado seguía puesto pero uno de los postigos tenía un agujero en la madera por donde se colaba un chorro de luz parecido al de los cuadros en las iglesias. El polvo del aire quedaba al descubierto en esa franja clara que caía sobre la jaula.

—¿Qué hiciste? —le dije—. ¿Te enloqueciste del todo?

Me quedé esperando una explicación, pero él se encogió de hombros y siguió rociando la jaula de alpiste, los rasgos chatos, como incrustados en la cara. En el piso había un pedazo de madera astillado y un cuchillo.

—La madera estaba podrida —dijo.

Levanté el cuchillo y le apunté a la sien con el mango, pero estaba tan furiosa que no supe qué decir. Él me miró y volvió a encogerse de hombros.

—Necesita luz. Clara, es un pájaro, no un murciélago.

Pasé el resto de la mañana mirando los peces, en especial el azul, que barría el agua con la cola. Me había llevado la pecera a mi cuarto. Entre las algas se había formado un arco iris y parecían nadar bajo un puente de colores.

Solo volví al cuarto de papá para llevarle el almuerzo. No tenía ganas de verlo, así que entré y sin decir nada dejé la bandeja sobre la mesita. Cuando estaba por salir, él me llamó.

—Clara, vení.

Los ojos azules me buscaron, brillantes. Fui hasta los pies de la cama y él se acomodó cerca del borde.

—¿Qué querés?

—Verá. No estés enojada.

Me acosté del lado de la pared, como otras veces, pero me sentía fea y pesada; no podía estar tranquila. Tenía el pelo recogido, no suelto y perfumado como a él le gustaba. Tampoco me había bañado desde la mañana anterior y eso me hacía demasiado consciente de los olores de mi cuerpo. Papá me pasó un brazo por debajo de la nuca y con la otra mano me empujó la cabeza para que la apoyara sobre su pecho. El calor húmedo de la palma me entró en el oído y creí sentir el ruido de las olas al romper, como si la palma ahuecada fuera un caracol de mar. Como si todo él fuera uno de esos caracoles enormes que se encuentran en la orilla.

Dejé la cabeza floja y me quedé escuchándole el corazón. El pecho se le inflaba y desinflaba y tuve la impresión de que la cabeza me iba a salir rodando como una moneda. Un rato después intentó decir algo. Dudó y volvió a cerrarse. Yo me había ido derritiendo bajo el calor de su piel de oso y lo único que deseaba era que el momento no terminara nunca.

—Clara...—“No lo arruines”, pensé, pero no tuve tiempo de decírselo—. Solo ver el agua, tocarla. ¿Qué te cuesta?

La respiración se le había acelerado. Pensé en la pecera, en los peces de colores, y en cuánto iba a alegrarse cuando se los diera.

—No te preocupes —le dije—. Mañana de mañana vas a tener una sorpresa.

El cuerpo se le fortaleció, calmo, y apretó el abrazo.

—Ahora solo falta un mes. ¿sabés? Carmen dice que de noviembre no pasa.

—A vos también te va a hacer bien salir, respirar aire de primavera.

Sí. Y el agua, los peces... Cómo te gustaba pescar, ¿te acordás?

—Sí —dijo, y creo que sonrió.

Hacía bastante que no abría el ropero de Julia. Cuando era niña me intrigaba saber qué podía guardar en ese ropero inmenso, como un baúl lleno de cosas raras. No sé por qué creía que había otras cosas, no solo ropa y zapatos. Ella me decía:

—No toque nada, niñita.

Yo miraba de reojo. Una vez la vi sacar un germinador del primer cajón, la tapa de un frasco cubierta de algodón y unos porotos secos y arrugados. Nadie tiene un germinador en el ropero, pero Julia sí. De la misma manera podía tener miles de cosas más y yo debía portarme bien, porque si no Julia iba a traer a la niña que guardaba arriba del ropero y le iba a dar mis juguetes. Mis juguetes y mi cama. La comida también.

—Mira que si no te portas bien se la doy a la otra niña que tengo —me decía siempre.

La niña del ropero podía salir en cualquier momento y robármelo todo.

Ahora buscaba un vestido lindo. Hacía meses que no veía a papá tan entusiasmado con algo y quería que la pecera fuera un momento especial. Me probé varios, algunos demasiado viejos o pasados de moda. Revolví, arrancando las perchas y tirándolas sobre la cama, hasta que por fin encontré uno que me gustaba. Me quedaba un poco ridículo porque la panza lo levantaba más de adelante que de atrás, pero tenía un lindo escote de puntilla. Julia gastaba fortunas en ropa y papá no le decía nada. Era su dinero, al fin y al cabo.

Entre los vestidos, al fondo del ropero, encontré una caja con recortes de diario, cartas y Fotos. Mientras los revisaba no podía sacarme la sensación de que Julia me esperaba detrás de la puerta para agarrarme de la oreja por estar entre sus cosas. Tan fuerte era esa sensación que tuve que levantarme y recorrer el apartamento para asegurarme de que no estaba. Al volver al cuarto pasé llave y no pude evitar reírme de mí misma. También me estaba riendo de Julia, porque nunca más iba a volver.

Los recortes eran tan viejos que apenas se podían leer. Eran anteriores al año en que Julia y papá se casaron, artículos en los que a Julia la nombraban Miss Primavera y sostenía un trofeo. La miré bien y me resultó gorda, ¿Cómo podía ser Miss Primavera? Ese recorte lo arrugué y lo tiré a la basura. Las cartas las volví a guardar en la caja y ni siquiera me fijé quién las había escrito.

Me entretuve un rato con las fotos. No conocía a las personas con las que Julia se abrazaba, joven y sonriente. En otras estaba con papá. Julia había envejecido; tenía las caderas anchas y el abdomen protuberante. Igual conservaba la misma sonrisa que en los recortes de diario; una sonrisa amplia, de comercial para pasta de dientes, pero también fría y como mandada a hacer. Papá la tenía abrazada y también sonreía. Me quedé mirando sus dientes blancos y perfectos y me di cuenta de que extrañaba esa sonrisa.

En las últimas fotos, las de más al fondo, aparecía yo. Peinada con dos colitas, con la túnica, con un disfraz de hada; no había fotos más de bebé. Tal vez Julia las hubiera guardado en otro lugar, por celos, pero no lo creo. Eso me entristeció y me acaricié la panza. A nuestro bebé iba a sacarle muchas fotos, iba a llenar un álbum entero. Puse mis fotos y las de papá a un lado de la cama, junté el resto, las de Julia y las de ellos dos juntos, en una pila y las metí en otra bolsa. Guardé la caja en el mismo lugar y colgué las perchas. Después me dediqué a pegar las fotos en el

ropero. Recubrí la puerta izquierda con las de papá y la derecha con las mías. Las ordené por fecha, según los números escritos detrás, y reservé la puerta del medio para cuando naciera el bebé.

A la otra mañana, temprano, papá ya estaba vestido con un traje viejo que le quedaba demasiado holgado y que tuvo que arremangar para no pisárselo. El nudo de la corbata mostraba especial dedicación y se había mojado el pelo y peinado hacia atrás. Por un momento se me cortó la respiración al verlo tan lindo y lleno de vida. Se tocó la solapa del traje con la mano derecha.

—¿Cómo estoy? — preguntó.

Se mojó dos dedos con la lengua y se peinó las cejas. Nos reímos.

—Una pinturita dije—.¿Estás pronto?

—Sí.

Yo había dejado la pecera afuera y hasta me gustó mantener el suspenso. ¡Me sentía tan feliz! Adentro el bebé se agitó y pegó unos saltitos.

—Bueno. Como me dijiste que querías ver el agua... ¡Mira lo que te traje!

Salí del cuarto y volví a entrar arrastrando la silla. Los peces seguían nadando como si nada y el colorado hacía piruetas. Papá no entendió de inmediato y, como una gallina sin cabeza, siguió riendo un poco más aunque todo el cuerpo se le había marchitado.

—¿No son lindos? —dije—. Mira el azul. Leva la cola como un abanico. Después podemos comprar más.

Él seguía parado en el mismo lugar, los ojos como dos nueces chiquitas y arrugadas.

—¿No decís nada? Acércate, míralos.

—Me mentiste —fue lo que dijo.

—¿Qué decís, papá?

—Mentirosa.

—Sentate, por favor. ¿Te parece que podés caminar por la rambla con este frío y el pelo mojado? Si apenas podés estar parado.

—Puedo — dijo.

Dio unos pasos hacia atrás, se sentó en la cama y se agarró la cabeza, con los codos apoyados en las rodillas.

—No puedo —dijo.

—¿Ves? ¿Te das cuenta de que es por tu bien?

Él no me miró; revolvió la cabeza entre las manos, alborotándose el pelo que un minuto antes había sido como un tobogán sedoso.

—¿Quién soy? —dijo bajito—, ¿quién soy yo?

Estaba hablando solo.

Nunca supe exactamente cuántas mujeres vivían, en el apartamento de enfrente. Su dormitorio lindaba con el mío y por la noche se oían voces mezcladas con música y ruidos obscenos. De día dormían y recién empezaban a cocinar a las cinco de la tarde. Cuando hablaban en el cuarto, yo podía escuchar buena parte de sus conversaciones y a veces hasta me tapaba los oídos con algodón para no estar al tanto de sus asquerosidades.

Ya era tarde cuando el teléfono sonó. Al otro lado de la pared algo se estrelló contra el piso. Carmen vivía justo debajo del 302 y siempre me llamaba para quejarse de los pasos escandalosos, el baile y la música.

—Esas putitas no me dejan dormir —me dijo, con el acento más fuerte debido al sueño y a la rabia—. Las voy a denunciarg, perras. Van a tistrar el techo abajo.

Cuando colgó se puso a devolver los golpes con la escoba. Hasta yo podía oírlos. Nunca llamaba a la policía ni al administrador, solo golpeaba y me llamaba a cualquier hora, como si yo pudiera hacer algo. Las del 302 ni se daban por enteradas. Cuanto más protestaba Carmen, más subían el volumen de la música. Yo, en cambio, nunca me quejé. Las oía desgarrarse de risa y darse contra las paredes como insectos, no me importaban.

A la mañana siguiente Carmen me tocó el timbre. Venía indignada, con bolsas oscuras bajo los ojos y llamando a las del 302 indecentes. Volvió a decir que iba a demandarlas y se enojó conmigo cuando me negué a salirle de testigo.

—No me gusta la policía —le dije—. Después se sienten con derecho de meterse en tu casa.

Carmen me notó decaída y me preguntó si estaba tomando las infusiones. Le mentí. No podía hablarle de papá, de lo mucho que me preocupaba su estado mental, y tampoco confiaba en ella. Entró, se sentó de piernas abiertas en el sofá y me hizo otras preguntas sobre el bebé: qué estaba comiendo, si ya tenía el ajuar pronto, si me sentía cansada.

—No estoy cansada —le dije, y me levanté a barrer bajo el sofá. Quería que se fuera, que se alejara de nosotros, y casi le barrí los pies. Ella los levantó y los mantuvo en el aire.

—No te veo bien, muchacha. Estás pálida.

¿Por qué quería convencerme de que algo andaba mal? Carmen me envidiaba porque era demasiado vieja y nunca había tenido hijos. Un día me contó que la bomba que había matado a su padre y a sus hermanos le había dejado lesiones irreparables. En el útero, dijo, lesiones que dolían todavía hoy. Cuando contaba esas cosas se le humedecían los ojos.

—¿Es por ese hombre? — me preguntó—. Los hombres no merrecen nuestras lágrimas.

—No es por nada. Es que no duermo bien.

Abrí la puerta y me la quedé mirando. Ella se incorporó y me puso una mano fría y áspera en la mejilla.

—No es bueno sufrir por amor dijo.

Justo en ese momento se abrió la puerta del 302 y salió la más gorda de las mujeres. Carmen la miró de arriba a abajo con desprecio. La mujer apenas le prestó atención y se fue pavoneando las caderas anchas y fofas. Llevaba una minifalda negra que descubría pozos profundos en la parte trasera de los muslos. Carmen fingió hablar conmigo, pero yo estaba demasiado nerviosa como

para seguirle el juego.

—Parrece que ayer tuvo ttrabajo dijo, y se rio raspando la garganta.

La gorda se paró en mitad de la escalera, le mostró el dedo mayor y siguió bajando.

—¡Mierrrgdosa! —le gritó Carmen, inclinada sobre la baranda y con los pelos colgando—. ¡Te voy a agarrarg!

Salió corriendo detrás de ella y al pasar junto a la puerta de la gorda, pateó el felpudo escaleras abajo.

Cené la puerta con llave y pasé la cadena. Tenía el pecho apretado por la angustia. Hacía veinticuatro horas que no veía a papá. No le había llevado comida y tampoco me preocupé por saber cómo estaba. La pecera había quedado en su cuarto y antes de ir me había puesto el candado en la ventana. Debía estar muerto de hambre.

Al rato salí y bajé para darle a Carmen la lista del supermercado. Ella volvió a hablarme de la mujer del 302 y de su seña obscena.

—¿Cómo se atreve? ¿Vos la viste, no? Esta vez te juro que la denuncio. Que se vaya a buscarg su felpudo sabés a dónde...

Cuando volví a casa hice tallarines y herví las verduras. Ya era suficiente escarmiento.

Lo primero que noté fue que papá no estaba en la cama. Había un olor feo a humedad y al caminar tuve una sensación rara debajo de los zapatos, como si el piso crujiera. Prendí la luz y vi los charcos en el piso. Pensé que papá se había olvidado de cerrar la canilla de su baño: estaba encerrado ahí. Me llevó unos segundos darme cuenta de que, junto con los charcos, también había vidrios y piedras. La pecera había desaparecido.

—Papá —dije, golpeando la puerta—, ¿qué haces ahí? ¿Dónde están los peces?

No contestó.

Le di una patada a la puerta del baño y un calambre me subió hasta la cintura.

—Los peces —grité—. Decime dónde los metiste.

Busqué en los charcos, que se habían extendido hacia abajo de la cama, y entre los pedazos de vidrio. Las algas ya no eran puentes de arco iris sino bolsas de basura abandonadas en la orilla, y daba asco tocarlas. Levanté la silla caída, donde antes había estado la pecera y junté los vidrios más grandes. El canario no dejaba de aletear dentro de la jaula. Nunca lo había visto así de alborotado y casi se me escapa cuando abrí la rejilla para sacar los peces muertos. El azul estaba duro, con la cola encogida y seca: el rojo todo picoteado, sucio de materia de pájaro.

Un mido a vidrio roto se oyó en el baño y creo que algo dentro de mí también se quebró. En todo ese tiempo, nunca se me había ocurrido la posibilidad de que papá quisiera morirse, de que me odiara tanto como para lastimarse. Tiré los pescados al piso y corrí hasta la puerta del baño.

—¿Papá, qué estás haciendo? —grité.

Tomé impulso y me lancé de costado contra la puerta. Una puntada se me hundió en el lado derecho de la panza y el dolor me obligó a arrodillarme. Desde el suelo seguí golpeando con las manos y la cabeza. La puerta

temblaba.

—Abrime, papá, por favor.

Supongo que él estaría pegado a la puerta, oyéndome llorar y aguantando las ganas de consolarme, porque después de unos segundos de silencio, la puerta vibró apenas y se destrabó

con un clic. Tuve que moverme hacia un costado para que él pudiera salir. En cuanto me vio en el suelo, se agachó y me ayudó a levantarme. Miré hacia el baño y vi que el espejo tenía una rajadura y que el resto de los vidrios estaban rotos dentro de la pileta.

—Me pegué —dije—. Tengo miedo.

Caminamos hasta la cama apoyándonos el uno en el otro. Papá no vio los pescados en el suelo y sin querer pisó uno. Levantó el pie en un reflejo, pero el azul ya estaba destrozado contra el parquet, una sustancia transparente y licuada. Nos sentamos en la cama y me levanté la camisa para mirarme la panza. En el lado derecho se me empezaba a formar un moretón rojizo y la hinchazón era una colina dolorosa. Papá pasó la mano por la lastimadura, rozándola apenas, pero su piel me raspó igual que si tuviera abrojos en los dedos.

—Hay que llamar a un médico dijo.

Negué con la cabeza, y al moverla sentí que las paredes giraban. El pájaro hizo un movimiento torpe y chocó contra una de las paredes de la jaula. Aleteó y recobró el equilibrio.

—Clara, tenés sangre.

Me toqué la frente y me miré los dedos.

—No es nada —dije.

Papá tiró de la punta de la sábana y me la puso como un paño. Nos quedamos así, sin mirarnos, con ese paño como el único puente que podía unirnos. “Vos me odias”, pensé en decirle, “Vos preferirías estar muerto”.

—¿Por qué no te vas, papá? Las llaves están puestas. Podes irte, si querés. Podés contarle esto al resto del mundo.

Él no respondió. Levantó un poco el paño y miró la herida para ver si seguía sangrando.

—De verdad —dije—, la puerta está abierta.

Desde ese día no volvió a hablar del muelle ni a pedirme para salir; nunca más mencionó una palabra al respecto. Fue como si de pronto hubiera comprendido algo. ¿A dónde podía ir? Este era su lugar.

La hornalla de la cocina estaba al máximo. La llama creció y soltó un olor ácido cuando quemó la primera foto. La sostuve sobre el fuego mientras iba arrugándose y poniéndose negra. Dejé los restos en un cuenco sobre la mesada y tuve que poner los dedos bajo el chorro de la canilla porque casi se me habían chamuscado. Para las otras fotos usé una pinza, la misma que usaba para servir los tallarines. Estaba nerviosa, con ese nerviosismo que me venía siempre que hacia algo relacionado con Julia. La sonrisa de comercial para pasta de dientes desapareció, también la banda de Miss Primavera, el trofeo, los vestidos sedosos, las fiestas con champán, Todo quedó en cenizas.

Una vez me dijeron que estaba mal quemar fotos de gente, que era brujería.

—Se puede matar a la persona en la foto —me dijo un niño en la escuela.

Yo estaba matando el recuerdo de Julia, borrándola para siempre de nuestro pasado.

El olor a gas había llenado la cocina. El bebé se agitó y pensé que no podía respirar. Empujé una de las hojas de la ventana para que entrara aire nuevo; el viento pegó con fuerza y se me enredó en el pelo. La llama osciló, azul, y tuve miedo de que se apagara, pero al entornar la ventana el fuego volvió a la vertical. Cuando terminé con la última foto las cenizas casi desbordaban del cuenco y por primera vez tuve la seguridad de que Julia no iba a volver. Ya era casi de noche y el cielo estaba moteado igual que la piel de un animal.

Me fui a acostar temprano. Me dolía el cuerpo y el moretón de la cintura se había hinchado bastante. Todavía pensaba en los peces, en lo lindo que había sido el azul con su cola de novia. Al lado, la voz ronca de una mujer cantaba acompañada de una música. Quise entender lo que decía pero fue imposible. Pensé en la mujer de la minifalda vía imaginé en ropa interior con un micrófono en la mano. Parada sobre la mesa, contoneaba las caderas y despedía un horrible olor a alcohol.

Después de un rato me di cuenta de que la canción estaba en otro idioma y que la voz era solo una grabación.

Me pregunto si al desear las cosas con intensidad, se realizan exactamente como las deseamos o solo en general. En ese caso yo pude haber matado a Julia. Nunca deseé que muriera aplastada contra una columna, quiero decir que nunca pensé en cómo quería que Julia muriera, solo la imaginaba muerta: llegaba a casa y la encontraba tendida de espaldas, con moscas revoloteándole alrededor de la boca entreabierta. Siempre tuve la impresión de que serían las moscas el único signo visible de la muerte de Julia. Cuando dormía dejaba la boca abierta y se le escapaba un hilito de baba por la comisura de los labios. Por los ojos entornados se veía el fondo blanco y la respiración era siempre tan leve que apenas se notaba. Como si estuviera muerta; solo faltaban las moscas.

Pero no fue eso lo que pasó. Alguien me llamó al trabajo para avisarme del accidente y al abrir la puerta del apartamento encontré a papá desplomado en el comedor, dos policías y otros hombres uniformados. Le estaban tomando la presión.

—Se desmayó —dijo el de blanco.

Ya nunca vería las moscas. Tampoco vería la boca entreabierta y soltando baba, porque la cara le había quedado destrozada contra un poste de luz. El auto había dado dos vueltas completas antes de chocar contra el poste.

—¿Usted es la hija? —me preguntó uno de los policías.

Parecía un muñeco de acción, inflado de músculos bajo la camisa celeste. Hacía todo lo posible por mostrarse compungido y hablaba bajo, como si su voz pudiera aguzar nuestro dolor. El médico le dio un sedante a papá y lo ayudó a recostarse. A mí me llevaron a reconocer el cuerpo.

Antes de que Carmen me contara lo que decía su padre sobre provocar las cosas con el pensamiento, nunca había pensado en la posibilidad de haberle causado la muerte a Julia. En la morgue sentí que me miraban con odio porque no lloraba, pero no me sentí culpable.

—Es ella —dije.

La reconocí por las várices moradas de siempre.

Me viene a la mente esta imagen: yo en la azotea. Hacia la derecha se ve el último tramo del paredón, donde empieza el campanario. Las campanas no son doradas como en los cuentos sino grises o amarronadas, revestidas de la materia verdosa de las palomas. No suenan nunca, ni siquiera los domingos. Por eso se me ocurre que la iglesia esté hechizada. Nadie la elige para casarse y eso le da un aire triste e inservible.

Quiero reconstruir la vista de la azotea, recordarla de forma tan perfecta que ya no pueda distinguir el recuerdo de la realidad. La azotea era mi lugar; el único donde no pudieron vencerme. Hacia la izquierda, los árboles del parque crean la ilusión de una alfombra verde y uniforme. Los edificios son bajos y parecen construcciones de juguete. A la derecha, detrás del campanario, más azoteas, cuerdas de ropa, antenas de televisión. Antenas como arañas plateadas. Una invasión de esas arañas comiéndose el mundo. Las luces de la calle se encienden antes de que baje el sol. Forman una hilera anaranjada y colgante sobre la avenida. Más allá del parque y de los edificios se levanta la cúpula de otra iglesia, en nada parecida al monstruo de enfrente. Esta tiene una estrella en la punta, igual a los árboles de Navidad.

Un momento. Creo que había algo más detrás de la cúpula con estrella, una torre de metal entramado, roja y blanca. O puedo estar inventándola. Igual que la iglesia, las campanas, la propia azotea. Puedo estar inventando todo. Lo de papá y el pájaro es verdad, lo de Flor también, y con eso basta. Puedo decir: un día Carmen entró volando por la ventana de la cocina; decir: los dedos se le habían convertido en cartílagos enormes, tenía plumas bajo los brazos y echaba espuma por la boca. ¿Qué me importa? No tengo nada que probar. Lo que sé, solo yo lo sé y a nadie le interesa.

Estoy cansada. Acabo de pensar en ellos en la otra pieza y volví a sentir el peso de mi soledad. ¿Cuántos millones de kilos? La ciudad entera derrumbada sobre mi. De niña me gustaba arrancarlas etiquetas de los envases. Pelaba las etiquetas de los frascos de champú y después mojaba el residuo blanco y pegajoso que se metía debajo de las uñas. Prefiero pensar en cualquier cosa con tal de no pensar en ellos. Por ejemplo: un champú que no hace espuma no tiene sentido. Un día me eché acondicionador y me quedé frotando hasta que me di cuenta. Si un champú no hace espuma una se siente defraudada, como si le hubieran vendido una fruta podrida. Lo mismo pasa con la vida. Cada cosa tiene su razón de ser y hay que aceptarlo.

Papá nunca entendió que lo quería y ahora nunca va a enterarse. Nunca se lo dije con esas palabras, es cierto, pero siempre se lo demostré. Lo único que hice en estos cuatro años fue atenderlo, cocinarle las verduras como a él le gustaban, limpiarle el cuarto y llevarle los remedios a la cama. Los primeros meses lloraba mucho, me confundía con Julia.

—No me dejes solo —me decía, y me apretaba la mano. Pura piel y hueso, así estaba Débil hasta para ir al baño.

Tenía que llevarle todo a la cama porque él había decidido no levantarse más. Un día me dijo que no podía dormir en la cama que había sido de ellos, que “se hundía como si el colchón estuviera maldito”, y me pidió que le arreglara sus cosas en el cuarto chico. Por él renuncié a la oficina, me mudé a este apartamento sin luz y sin aire, y hasta me ocupé del canario. Incluso cuando casi no teníamos qué comer, al canario no le faltó nada.

Atender al hombre de los remedios también fue algo que hice por él, para que tuviera sus pastillas para dormir, que no se conseguían sin receta. Al hombre lo conocía de la oficina: le vendía a las mujeres unas pastillas prohibidas para adelgazar y a los hombres unas pastillas “para el amor”. Siempre se paraba junto a mi escritorio y me decía que para mí había descuento, pero yo no le compraba nada. Por eso se sorprendió tanto cuando lo llamé.

El mundo es malo. Las calles son peligrosas y no se puede confiar en la gente. Así le fue a Julia. Por eso quise proteger a papá, aunque él nunca lo haya entendido. Hasta el día de su muerte mi padre veneró un mundo que no hizo más que robarle todo lo que quiso.

Carmen se paró frente a mí sosteniendo una especie de bisturí primitivo, como un bastón afilado o una estaca. Llevaba una túnica blanca más parecida a la de un carnicero que a la de un doctor. La ventana abierta de par en par daba la impresión de estar cubierta por una tela invisible, porque el aire era estático y recalentado. Los dolores me reventaban el bajo vientre: puntadas, retortijones y un líquido que me corría por las piernas. Estaba a punto de desmayarme. Contuve la respiración, tomé aire, soplé, intentando recordar las instrucciones de Carmen. Entre la maraña de dolor oía una voz lejana que me gritaba: “mirreme, mirreme”. El aire me entraba en los pulmones con un chirrido seco y me parecía estar aspirando los mismos gases que había eliminado un segundo antes. Carmen mezclaba fiasas en su idioma y me sostenía las piernas abiertas con fuerza bruta.

—No me saque los ojos de encima —gritó.

Clavé los ojos en su cara chupada pero no pude dejarlos quietos. Saltaban de Carmen a la palmera de plástico y de ahí a la túnica blanca sin una mancha. El dolor era tan fuerte que había hecho un agujero en la sábana con los dedos sin uñas.

—Me desmayo —alcancé a decir.

La cara de Carmen se desfiguró: sus ojos como huevos derramados y la boca una línea torcida. Fue lo último que vi.

Cuando desperté me llevó unos segundos recordar qué estaba haciendo en esa habitación extraña, con un sombrero mexicano colgado en la pared. Tenía la vista nublada y una sensación absurda, como un sueño de media tarde. El silencio de la habitación me aterrorizó. Miré alrededor y encontré a Carmen sentada en un taburete con la cabeza entre las manos y hablando sola. Entonces reconocí un peso sobre el pecho, bajé los ojos y vi un bulto envuelto en una manta sucia de sangre. No me animé a tocarlo. Parecía un caracol y no se movía. Aún sentía un dolor lejano entre las piernas y tuve la visión de Carmen cortándome en pedazos con su instrumento. Ella notó que estaba despierta y me miró con la cara pálida, más huesuda que de costumbre.

—Es una nena —dijo, y me apretó el brazo.

—¿Nena?

—Lo importante es que es sana y fuerte. Los pulmones sí que le andan bien —se rio — Va a ser cantante de ópera.

—Yo no oí nada —dije—. Me desmayé.

Carmen se levantó y caminó hacia la puerta,

—Las dejo solas un rato,

El bulto hizo un quejido y sacó una mano fuera de la manta. Era una mano flexible y arrugada, como la cabeza de una tortuga al salir de su caparazón. Me incorporé con dificultad y puse el dedo dentro del rulo de la mano; los deditos se cerraron enseguida sobre el mío. La apoyé en la cama, saqué el trapo en el que estaba envuelta y la dejé desnuda. Tenía suciedad en el cuerpo y en las piernas, pero la cara limpia y rosada. Una nena. ¿Ahora qué iba a decirle a papá? La limpié con el trapo y, al levantarla, la cabeza se le fue para atrás.

—Linda —le dije, y ella respondió con el mismo ruido que hacía antes, cuando estaba en la panza.

La acurruqué contra mi pecho, le miré los deditos largos y arrugados, y ya no me importó que fuera nena. Cuando se puso a llorar le di de mamar como me había explicado Carmen. Creo que no tomó mucho, solo me hizo cosquillas con las encías peladas. Carmen me había dicho que al principio iba a ser difícil, pero no lo fue. Siempre decía esas cosas para asustarme.

Las dos nos fuimos adormeciendo, aunque yo me sobresaltaba a cada rato por miedo a que se me cayera de los brazos. De pronto pensé en papá y me preocupé; no le había dejado comida ni le había avisado que salía. Tal vez hasta siguiera con los postigos cerrados.

Junté mis cosas con una sola mano, y al salir de la habitación encontré a Carmen sentada en el comedor, callada y con los brazos cruzados sobre el vientre. Creí que estaba dormida, pero en cuanto mi sombra interceptó la luz de la lámpara abrió los ojos.

—Muchacha —dijo, y se levantó del sofá—, quédate acostada.

Miró a la nena envuelta en la funda de la almohada.

—¿Comió?

—Sí —dije—. Tengo que volver a casa.

Carmen me agarró del codo y trató de convencerme de que me quedara un rato más.

—Estás débil —dijo.

—No puedo. Papá está solo.

Carmen volvió al día siguiente para saber cómo estaba. Yo me sentía hueca, como si mis tripas se hubieran apretado para hacerle lugar a lo que había salido y ya no pudieran volver a su lugar. No era lindo tener esa panza enorme cuando el bebé ya estaba afuera, así que me apreté el vientre con los jirones de una sábana.

Le pedí a Carmen que me contara todo, detalle a detalle, porque no me acordaba de nada. Nos sentamos en el comedor; la luz de la lámpara le daba en la cara y la obligaba a fruncir los ojos. Su sombra alargada ocupaba toda la mesa: la cabeza caía justo en el centro, donde estaba el florero, y parecía un monstruo oscuro devorando las flores.

—Erra rosada y con pliegues —me dijo—, arruyadita.

—¿Como una flor?

—Así mismo.

Ese día le puse Florencia. Pero siempre le dijimos Flor.

Papá no conoció a Flor hasta que cumplió tres meses. Supongo que la oiría llorar, pero fingía no enterarse, Yo ni siquiera me había animado a decirle que era nena; él no me dejaba hablarle del bebé, y si en algún momento entreabría la puerta con ella en brazos, se daba vuelta hacia la pared y me gritaba alguna cosa.

—¡No me lo vayas a traer! ¡No quiero verlo!

Flor había perdido el pelo que tenía al nacer y en la cabeza le aparecieron unas raras asperezas, como pequeñas peladuras. Aparte de eso era linda y redonda. Rosada, no blanca como esos bebés transparentes que parecen hechos con el papel finito de los turrónes.

De no ser por la enfermedad, tal vez papá no la habría conocido nunca. Había envejecido mucho en los últimos meses; estaba ñaco, se agitaba con facilidad y la cara se le amorataba al menor esfuerzo. Cada vez me pedía más pastillas para dormir. También empezó a perder el pelo. Yo lo recogía de la almohada y lo pegaba junto a las fotos en la puerta derecha del ropero, Al principio pensé que se lo estaba arrancando, pero cuando él también se preocupó, supe que no mentía.

—Estoy viejo —me dijo—. Así es la vida.

—Es que estás demasiado nervioso, nada más.

Unos días después amaneció con fiebre. El pecho le sonaba como una motosierra y asustaba a Flor con sus ataques de tos. Yo no podía dormir. Corría de un cuarto al otro para atenderlos a los dos; leche, pañales, aspirina. En el piso se acumulaban vasijas, trapos húmedos y los potes con crema de vainilla que papá ni siquiera había probado. Nada le pasaba por la garganta. Durante dos noches enteras no hice más que arrojarlo mientras se derretía bajo las frazadas. Él se las arrancaba y las tiraba al suelo como podía, pero unos minutos después tiritaba de frío.

Era principios de febrero y yo andaba por la casa como si quebrara el aire con el cuerpo o arrastrara cadenas en los pies. No sé cuántas noches más pasaron. A veces sentía que pisaba sobre aire y me hundía sin tocar nunca el fondo. Una noche tropecé con un sonajero y me derramé leche caliente en el pecho. Me salieron ampollas como gotas de agua que ardían con el roce del camión. Papá no podía hablar. Tenía los ojos cerrados casi todo el tiempo, y cuando los abría me miraba como a un espejismo. Todavía no sé cómo sobreviví a esa semana, El cansancio era tal que a veces me olvidaba de amamantar a Flor, Ella no paraba de llorar, pero mientras yo caía en aquel abismo, su llanto se confundía con una bocina distante y dejaba de oírla.

Cuando pensó que no iba a soportar ni una noche más así, en ese silencio sin voces, hecho de llanto y de gemidos, papá abrió los ojos.

—Nena — susurró. Tuve que inclinarme para oírlo, tan débil era el sonido. Tomó aire y levantó la cabeza apenas un centímetro de la pila de almohadas—. Me estoy muriendo.

La voz no le tembló, ni el cuerpo ni los ojos. Estaba duro y digno. Habló bajito, con las pocas fuerzas que le quedaban, pero con la misma valentía con que de joven mataba arañas y arreglaba cables pelados. Nada le asustaba y Julia nunca lo había convencido para que la acompañara a la iglesia. "No hay que tenerle miedo a esas cosas", me decía. Y esas cosas eran la muerte y el

infierno, los miedos de Julia.

—No — le dije—, no digas eso.

—Sí, Clara.

Me senté en el piso, junto a su cama, y me quedé haciéndole compañía. Ya casi amanecía y la claridad pintaba de grises el paredón de la iglesia. Él seguía despierto pero no intentó hablar de nuevo. Respiraba entrecortado y con ruido, y por momentos parecía guardar el aire en el pecho y contener totalmente la respiración. Cerró los ojos y soltó el aire despacio. No se estaba muriendo; simplemente no quería vivir. Había decidido abandonar nos.

—Vos te querés morir —le dije—. Te conozco.

Entreabrió los ojos y me miró por esa ranura como si espiara entre las rejillas de un lugar muy lejano.

—Me querés dejar sola.

Apoyé la cabeza en el borde de la cama dispuesta a dormirme, dispuesta a dejar que se muriera de una vez, sí eso tanto quería. El cansancio me pasaba por encima y otra vez sentí que resbalaba por el borde de un abismo insondable.

Clara... — dijo él.

Cerré los ojos. Solté el último milímetro de vigilia y me dejé caer.

Ya sin fiebre papá siguió tosiendo y escupiendo una flema espesa y rojiza, pero en ningún momento me pidió que llamara al médico. Me dio el nombre de un remedio que compré en la farmacia y ese mismo día, mientras le sostenía la nuca para que tragara el jarabe, me pidió conocer al bebé.

—Dejame verlo —dijo.

—Es una nena. Se llama Florencia.

Él no pareció ni contento ni triste. Se quedó moviendo los labios, como si acomodara las palabras en la boca, y dijo:

—Es un nombre lindo el que elegiste.

La recibió incorporado en la cama y sin barba. Él mismo me pidió que lo afeitara: no quería que la nena se asustara.

—Va a pensar que soy el Yeti —dijo.

Flor tenía puesto un vestidito blanco y medias rosadas. Se la di. envuelta en un rebozo, pero no la solté del todo porque él seguía débil.

—¿Cuánto tiene?

—Tres meses y dos días. Nació el diez de noviembre.

Pensé que iba a emocionarse, pero en cambio se rio. Se rio como hacía años no se reía. Flor se revolvió, incómoda o apabullada, y escupió saliva. Papá no le sacaba los ojos de encima y yo aproveché para rozarle la mano. Él no la apartó y supe que esa era su forma de decirme algo.

—¿Qué tiene en la cabeza? —me preguntó.

—Unas cascaritas, no sé qué son.

—¿Algo de la piel seca?

—Puede ser.

Flor se puso a llorar y papá se asustó y se desprendió de ella como quien se saca una araña de encima.

—Llévatela —dijo—. La puedo contagiar.

No volvió a verla hasta julio y en esos meses apenas me hizo preguntas. A veces yo le contaba cosas como al descuido, porque sabía que no le gustaba preguntar demasiado.

Un día le conté que Flor hacía esfuerzos para hablar, pero como no tenía voz, solo se babeaba.

—No es que no tenga voz —me dijo—; esté imitando tus sonidos.

—Hace burbujas de baba.

—Qué bueno —dijo.

—¿Qué bueno, qué?

—Que babee.

—¿Qué querés decir con eso?

—Solo digo que es bueno, porque todos los bebés babean. Es natural.

—¿Y yo? ¿Babeaba?

—Claro. Babeabas de lo lindo.

Nos reímos.

—¿Será que va a hablar en poco tiempo?

—Vos hablaste antes de los dos años, eras una niña inteligente.

Terminé de barrer y acumulé la mugre sobre la pala.

—Quédate —me dijo—. Contame más.

No tenía mucho par a decir, así que le conté algunas historias, inventando detalles para hacerlas más interesantes.

—Muerde un animalito de goma que le compré, una rana. Cuando la muerde suena, y eso le da risa.

—¿Y cuántos dientes tiene?

—Dos. Son lindos dientes, bien blancos. Lindos dientes, como los tuyos.

—¿Come?

—Claro que come. Come puré de manzana y otras cosas que le hago. Le gusta comer. Se come todo lo que le doy.

—No le des demasiada comida.

—No le doy demasiada comida, es muy flaca. Parece una caña de pescar.

—¿Y cuántos dientes dijiste que tenía?

—Dos.

—Ya tiene bastantes...

Apoyé la mano sobre la de él y la froté un poco.

—Tenés las manos frías —le dije.

Él parecía absorto en los pliegues de las sábanas que se le habían resbalado de las piernas. De pronto me miró nervioso y sacó la mano.

—Estoy cansado —dijo—, voy a tratar de dormir.

Durante el otoño me acostumbré a subir a la azotea. Desde que Flor había nacido solo había salido a la calle una vez, a comprar rollos de fotos y una bolsa de alpiste. Las compras siempre las hacía Carmen, pero ese día habíamos tenido una pelea y no quise pedírselo. La pelea había sido por plata, cuando vino a traerme las bolsas del supermercado y me pidió que le aumentara la comisión.

—Las bolsas son cada vez más pesadas y yo cada vez más vieja.

—Ni aumenta ni adelanto —le dije—. No soy un banco, Carmen.

Ella se puso furiosa.

—Con todos los billetes que tenes escondidos en el colchón. ¡Amarreta! —la lengua le tropezó en la erre—. Ni que trabajarg, tenes...

Se fue gritando por la escalera y recién cuando abrí las bolsas vi que se había olvidado de los rollos y del alpiste. Salir me gustaba cada vez menos, sobre todo desde el nacimiento de Flor; era aún menos seguro andar con una criatura por la calle. Pero no tuve más remedio. Papá no quería que le diera otra cosa que alpiste a ese canario majadero.

Crucé a la tienda de la esquina cargando a Flor. Mientras esperábamos, las viejas del barrio me rodearon y embutieron la cabeza entre mis brazos. Manosearon a Flor como si inspeccionaran un cajón de verdura, y aunque a Flor no parecían molestarle, a mí me abrieron un agujero en el estómago.

—Eso que tiene en la cabecita es eczema —dijo una—, mi marido tiene igual.

—Pobrecita —dijo otra.

—Cuando le crezca el pelo se le tapa, no te hagas problema Si es que le crece...

—No seas mala, ¿querés?

No se callaron hasta que el almacenero vino con mi pedido. Volví a casa hecha un cuajo de angustia. Esperé a que Flor se durmiera y me puse a dar vueltas por la casa. Sentía un hormigueo insoportable en las piernas, una electricidad que se disparaba hacia arriba desde los tobillos. Era como si esas viejas chusmas se hubieran metido en nuestra casa con sus voces chillonas y sus malos augurios y ya no pudiera sacarlas.

No sé cómo se me ocurrió subir a la azotea. Nunca antes había subido, a pesar de que toda la vida había visto esa puerta de metal en lo alto de la escalerilla. Nadie en el edificio la usaba porque no se podía colgar ropa ni poner sillas o piscinas. Por motivos de seguridad, decía el cartelito pegado en la puerta. Esa primera tarde subí sin pensarlo, sin imaginar siquiera que la azotea se convertiría en algo tan importante. Mi lugar, mi guarida. Desde arriba la gente se veía tan chica que ya no resultaba una amenaza. Las mismas viejas del almacén no eran nada vistas desde la azotea, y el aire corría limpio, sin los malos olores de la calle ni los gases de los autos. El pretil no tenía baranda. Me acerqué casi hasta el borde, pero mantuve el cuerpo más atrás que la cabeza. Calculé los metros que me separaban de la vereda y sentí el impulso de saltar. Imaginé que saltaba y que caía intacta; imaginé que daba un salto larguísimo y que cruzaba hasta el techo de la iglesia. Tuve que alejarme del borde no por vértigo, sino por miedo a ese deseo ridículo que podía volverse incontrolable.

Esa vez no me quedé más de diez o quince minutos en la azotea. Después, con el paso de los días, me fui convenciendo de que no había peligro. No tenía razón, pero aún faltaba mucho para que me diera cuenta.

Cuando llevé a Flor conmigo por primera vez formé un cordón con los brazos, por si ella también sentía ganas de saltar. Sentada en mis rodillas miraba alrededor con los ojos grandes. Más que el paisaje, le gustaba la ropa de colores colgada en el techo vecino. Los días de viento la ropa sonaba como latigazos de aire; las piernas de los pantalones se levantaban, se mantenían verticales formando una V y volvían a enredarse en la cuerda. Las sábanas bailaban igual que fantasmas. Flor estiraba los brazos, hipnotizada. Se reía tanto que se atoraba, y su risa me contagiaba también a mí. Pero eso fue mucho después, cuando Flor ya caminaba. Los primeros meses subí sola. Lo hacía casi con miedo de que papá se enterara, como si al salir a la azotea lo estuviera traicionando.

La primera medida de ahorro fue cortar el teléfono. Ya no lo usábamos y si alguien llamaba de todos modos no lo atendía. También me las ingenié para gastar el mínimo de agua; me bañaba cada tres o cuatro días y metía a Flor conmigo en la ducha. Pero lo peor aún estaba por venir. Con el tiempo la ducha también se convirtió en un lujo y empecé a lavarme con un balde y un trapo enjabonado. Para entonces ya no compraba pañales descartables e incluso le cosía la ropa a Flor con algunos vestidos de Julia.

Una vez, Carmen me contó que durante la guerra habían quedado atrapados, sin agua ni luz, en la ciudad en ruinas.

—Una situación horrible —me dijo, haciendo vibrar la lengua junto a la campanilla.

Compartían unos bidones de agua potable entre muchas personas, así que no se limpiaban y usaban una mascarilla de tela para evitar los malos olores y las enfermedades. Siempre contaba ese tipo de cosas. Otra vez me contó que usaban la ropa interior dos días de un lado y dos días del otro. Lo recuerdo porque me resultó repugnante. Los podía imaginar con un pañuelo atado a la cara y el hedor a mugre y a materia fecal sallándoles del cuerpo igual que a los animales del zoológico. Tuve curiosidad por saber a qué animal olería Carmen. Los zorrillos tienen un olor penetrante, pero uno se acostumbra y al final no es tan feo. El de foca, no, demasiado marino para ella. Podía ser el olor del pájaro de papá. Había una semejanza indiscutible entre las patas del canario y las piernas tendinosas de Carmen. Igual que el pájaro, Carmen se sostenía sobre dos varas arrugadas y engordaba de golpe en la cintura; tenía los ojos redondos y tan negros que apenas se le distinguían las pupilas.

Recién ahora me doy cuenta de que nada fue casual. Carmen preparaba sus historias y todas contenían un mensaje. Lo mismo con el asunto de los gastos comunes, que había dejado de pagar hacía mucho, antes del nacimiento de Flor. Me parecía injusto tener que pagarle a esa vieja que me lavaba la puerta con un trapo sucio y dejaba todo chorreando. De pronto oía como si un perro estuviera olisqueando la puerta, la abría y encontraba a la vieja hundiendo su trapo en un balde de agua enjabonada, la misma agua sucia que había usado para lavarla escalera y todas las otras puertas.

—¡Mi puerta no se lava! ¿Cuántas veces se lo tengo que decir?

Pero la vieja siempre volvía. Tal vez intentara oír algo, espiarnos, aunque en aquel entonces no se me ocurrió esa posibilidad.

Carmen me dijo que el administrador había hablado con ella: los vecinos se quejaban.

—Ya le pedí que la espere un poco más, perro cuidado con ese hombre, es un animal.

El dinero empezaba a preocuparme y lo único que me aliviaba era subir a la azotea. Pero subir con Flor no era lo mismo, y ya no podía dejarla sola. Tocaba todo y gateaba a una velocidad asombrosa. En un segundo estaba con la mano en los enchufes o debajo de la cama, comiéndose alguna porquería.

Un día la puerta de papá quedó entreabierta y Flor se metió gateando. La vi desde el living pero no tuve tiempo de pararla. Corrí al cuarto y la levanté en brazos. Papá la estaba mirando como quien mira un gatito extraviado. Supongo que ni la habrá reconocido; había crecido mucho

desde la última vez.

—Hola —dijo él.

A Flor le dio vergüenza y escondió la cara en mi cuello.

—Qué grande está.

—Ya gatea—dije.

Flor se animó a vichar entre mi pelo.

—Andá con papá —le dije.

La bajé y se quedó sentada en el piso.

—Estoy apurada, tengo que hacer un mandado.

—Andá que yo te la cuido.

—¿Estás seguro?

Cerré la puerta con llave y oí llorar a Flor durante media hora hasta que no soporté más y subí a la azotea. Era principios de julio pero había suficiente sol como para no sentir frío, sobre todo si me recostaba contraía pared, resguardada del viento. El piso de la azotea, revestido de membrana metálica, brillaba como una cama incandescente. Los objetos de metal, la puerta, las antenas, los caños de agua, disparaban líneas de luz plateada que lastimaban los ojos. Pensé en papá y en Flor, juntos, y por primera vez sentí que éramos una familia. Las cosas estaban cambiando. Dentro de poco íbamos a ser como esas familias de la televisión, siempre felices. Nos imaginé a los tres de la mano: caminábamos y corríamos por el borde de la azotea sin miedo a caernos ni a querer saltar. Imaginé con mucho detalle el precipicio que se abría al otro lado. Abajo, la gente se veía como puntos negros y los autos como cajas de fósforos. Yo tenía miedo, pero en cuanto papá me daba la mano el miedo desaparecía. “No hay forma de caerse”, me decía él, “es solo una ilusión”.

Volví al apartamento y, al abrir la puerta del cuarto, encontré a Flor sentada sobre la cama de papá. Él ni siquiera me saludó: miraba la jaula del pájaro como si yo no existiera. El canario dormía. Ese pájaro horripilante podía dormir más que cualquier otro; no se parecía en nada a un pájaro, dormía desde la nochecita hasta entrada la mañana, a menos que la luz eléctrica estuviera prendida. Ensuciaba todo y terna un olor perverso. Lo único que lo hacía pájaro eran las plumas y el cantito miserable que soltaba cada tanto. Una vez me quedé mirándolo: saltó de un palo al otro, chapoteó en el tarro de agua y gorjeó la hora y media en que recibió luz. A medida que la luz se iba desplazando, él se acurrucaba contra el lado más soleado de la jaula hasta que quedaba completamente aplastado contraías rejas.

—¿Cómo se portó? —pregunté.

Volví a mirar a Flor, que me sonrió con la misma abertura babosa de siempre y estiró los brazos hacia mí. Como no me moví, giró la cabeza hacia papá e hizo unos ruiditos ahogados en baba. Su imagen me resultó más frágil que nunca, un reflejo que fuera a desvanecerse de un momento a otro. Pensé en ella como en un barco abandonado en la orilla: su cuerpo el ancla que la mantenía atada al mismo lugar. Era bueno saber que me necesitaba tanto y una parte de mí hubiera preferido que no aprendiese a caminar nunca, así podría llevarla para siempre colgada al cuello.

—¿Qué pasa, papá?

Él sacó los ojos de la jaula como si tuviese que arrancarlos de ahí con mucho dolor, y los clavó en Flor. La levantó, rodeándola por la cintura, y me la mostró. Las piernitas se mecieron en el aire y eso la hizo reír.

—Esto pasa —dijo—. Que Dios nos perdone.

De pronto el cuarto se ensanchó. Quise sostenerme de la pared pero no la encontré y me tambaleé con el brazo extendido. El vacío me empujó hacia abajo con la fuerza de un extractor y a ellos también se los tragó; los vi alejarse, convertidos en un grano de arena, justo antes de sentir el golpe.

Por momentos me parece oír ruidos en la escalera. Difícil estar segura porque el silencio es tal que hasta tiene sus propios sonidos. Es cómico cómo al final ellos lograron invadirme: de adentro hacia afuera, instalando la duda como quien planta una hierba mala. Lo que me tranquiliza es saber que no van a poder llevarse nada de lo que fue mío. Solo van a encontrar un ropero con los trapos viejos de Julia, unos muebles sin valor, y a mí, que estoy igual que esta casa: llena de cosas muertas.

Una puerta se cierra en el piso de abajo, o puede que sea en la calle, o al lado, aunque está un poco lejos para ser la del 302. El golpe es seco y repentino. Me sobresalta pero consigo acomodarme. Falsa alarma. Me pregunto si esta espera larga y cruel es parte del plan, si el silencio más puro intercalado con ruidos repentinos es una forma de tortura, o si es que todavía no están seguros de lo que pasa acá adentro. Tengo frío, pero no voy a estirar la mano para agarrar la frazada. Flor y papá deben de estar fríos también, aunque ya no puedan darse cuenta.

No quiero seguir pensando en mi derrota, pero ya no puedo evitarlo. Soy presa de mi propia trampa: no me queda más que esperar, y espero. Ahora pienso en la policía, en el primer día que vinieron a casa. ¿Cuándo fue? Antes de que Flor cumpliera un año, antes del caballo. Ya sé, un poco después del desmayo en el cuarto de papá, porque aún tenía la herida.

El policía era bajo y tenía la piel cuarteada como el cuero de un sillón viejo. Hubiera reconocido su porte de policía a una cuadra de distancia, aunque no llevara el uniforme. En lo que a mí respecta todos los policías del mundo podrían ser hermanos; sus movimientos siguen una línea recta y caminan sin ningún tipo de gracia ni de flexibilidad, como si los manejaran con alambres desde el cielo. Este era tan prolijo que el olor a colonia había apestado el hall. Cuando abrí la puerta me miró a través de la rendija que permitía la cadena, La cadena le quedaba justo a la altura de los ojos, por lo que solo pude ver la boca.

—Buen día —dijo.

Los labios se movieron como una mariposa agonizante.

—Usted dirá.

El hombre se agachó para mirarme por debajo de la cadena y el resto de la cara apareció frente a mí. Cuarteado como un cuero, pensé. Joven pero arrugado de tanto sol,

—¿Qué le pasó en la cara? —me preguntó.

—¿Qué le parece? Me caí.

La herida cicatrizaba despacio debido a la infección y tenía una cáscara fea, mezcla de sangre negra con pus. En el espejo se veía como si tuviera una cucaracha aplastada sobre la ceja, pero lo cierto es que ya no me molestaba. El policía hizo una mueca de dolor y se llevó la mano a la ceja.

—No duele —le dije.

—Disculpe, no la quiero molestar, pero estoy haciendo una averiguación. La señora del 202, Carmen Diviak, me dijo que usted me podía informar.

—Yo no sé nada —dije.

—¿Usted vio alguna agresión, algún comportamiento indebido de parte de las inquilinas del

302?

—No, nada.

—¿Alguna seña obscena?

Del piso de abajo llegó el aullido de Carmen:

—¡Ya van a verrr! Ahorra sí, ¡que se las lleven prresas a todas!

—No sé nada.

—¿Música a altas horas de la noche?

—Tampoco.

La gorda del 302 abrió la puerta y se puso a gritar por la baranda. Carmen subió la escalera hecha una fiera; la gorda volvió a insultarla y la llamó bruja. El policía se interpuso y Carmen quedó escondida detrás de él, intentando zafarse de la mujer que la tenía agarrada del pelo. Él luchó por separarlas con la energía de un caballo Anejo y amenazó con llevarlas presas a las dos.

—En la misma celda, las voy a meter —gritó—. ¿Me oyeron?

Tuve la impresión de que el policía echaba miradas rápidas y brutales hacia mi. Sus ojos agudos se posaban una y otra vez sobre mi ceja lastimada,

—¿Se van a tranquilizar? —dijo. No era una pregunta, era una orden.

Cerré la puerta y miré el resto de la escena por la mirilla. Dijeron algo que no pude entender y después la gorda se metió en su apartamento con un portazo, El policía llevó a Carmen escaleras abajo, apoyándole una mano sin vida en la espalda.

A partir de ese día tuve miedo de que el policía volviera. Carmen podía haberle hablado de papá o de mis problemas con el administrador. Hacia tiempo que no veía a Carmen: solo venía a dejarme las bolsas del supermercado y a cobrar. Yo le daba el pedido en un papelito y no contestaba ningún tipo de preguntas. Eso la había resentido contra mí. Era cortante con ella y le hacía notar que no me gustaba la gente extraña a mi familia. Pero el incidente con el policía me abrió los ojos. La situación era más grave de lo que había imaginado y lo mejor era no salir de la casa a menos que fuera totalmente indispensable.

Pasé el resto del día oyendo golpes en la puerta y vigilando por la mirilla. De noche vi al policía entrar al 302. Estoy segura de que era él: el mismo olor a colonia, los mismos labios gruesos y oscuros. La gorda le abrió la puerta y lo hizo pasar. Llevaba un vestido muy justo que le marcaba la grasa en la cintura. El pasillo tenía poca luz, pero noté que él dirigía una mirada destructiva hacia mi puerta. Entraron. Entre las risas y las voces distinguí su relincho.

Al otro día decidí pedirle a Carmen que a partir de ahora dejara las bolsas de supermercado en la puerta y golpeará tres veces antes de irse. Podía recoger su dinero de un sobre debajo del felpudo. Me miró estupefacta, como si acabara de decirle algo terrible.

—¿Yo qué le hice, muchacha?

—Nada —dije. Algo en los ojos le tembló—, así es más fácil para las dos.

Cuando pienso en Carmen se me aparece como una termita, un bicho aparentemente inofensivo que se filtra en las casas pero que poco a poco se va comiendo las paredes hasta que no quedan más que los cimientos y el techo se derrumba sobre la pobre gente. Esa es la impresión que tengo. Cuando me contó el episodio de las termitas en su casa en Lituania, o por ahí, *ya* no pude dejar de pensar en ella como en ese espantoso insecto.

Me contó que tuvieron que quemar los muebles porque las termitas los habían invadido y

tenían miedo de que se comieran el piso, Así me hubiera gustado quemarla a ella, como a una termita.

El policía entró al apartamento de al lado varias noches seguidas. Una vez lo vi, pero siempre reconocí el olor a colonia y su voz cansada, hecha de bufidos. Pensé que tenía que contárselo a Carmen, y aunque ella seguía ofendida conmigo, se lo dije. Carmen no me creyó. Dijo que lo debía haber soñado.

—Era él, te juro.

—No puede ser. ¿Te habló?

—No. Lo vi por la mirilla.

—Por ese agujerito no se ve nada. Lo habrás confundido.

—Era él, Carmen. Y el olor que deja dura todo el día.

Es increíble cómo las cosas deben tocar fondo para que una reconozca lo que está pasando. Recién ahora se me hace evidente que eligieron para nosotros una muerte lenta como la que estamos viviendo. Hace dos años todavía era muy inocente para saber de estas cosas y ahora es demasiado tarde. No se puede volver atrás. El plan era tan sutil que no pude descubrirlo hasta que nos hubo devorado por completo. Las mujeres del 302, el policía y el resto de los vecinos tuvieron su parte, no queda duda. También la limpiadora, el administrador y hasta los funcionarios del juzgado. Todos, por supuesto, bajo las órdenes de la termita Carmen.

El diez de noviembre mandé a Carmen, a comprar una torta de cumpleaños con forma de margarita, una botella de Coca Cola, algunos sándwiches y un caballo de madera que se mecía sobre vaivenes de hierro. Tuve que pagarle extra, más el precio del taxi, para que aceptara traer el caballo.

—¡No voy a andarg carrgando con ese argmatoste! —me dijo.

Gasté una fortuna en el primer cumpleaños de Flor, pero valió la pena. Hasta le puse una velita de esas que vuelven a encenderse solas, una velita mágica. Desde la cocina vi cómo Flor caminaba tambaleándose y empujaba la puerta del cuarto de papá. Me puse nerviosa pero la dejé ir. No sabía cómo iba a reaccionar al verla, y dejé pasar unos minutos antes de acercarme despacio a la puerta. Lo que vi fue a Flor sentada en las rodillas de papá. Él le hablaba en un tono que nunca le había oído antes; tenía el timbre tembloroso de un viejo y sonaba un poco como el Papá Noel que pedía plata en la tienda, pero era la voz más dulce del mundo. Miraban el canario y él le explicaba algo acerca de cómo los pájaros duermen de pie. Ella no debía de entender mucho pero escuchaba con atención, sin despegar los ojos de la jaula.

—Pipío dijo Flor, señalando al pájaro.

Esperé un rato sentada en el sillón del living. Tenía miedo de que papá me rechazara o se pusiera de malhumor, pero cuando me vio Llegar con la torta en una bandeja se sonrió:

—¿Ya tiene un año? —dijo.

—Sí, hoy es diez de noviembre.

—Cómo pasa el tiempo.

Miró la torta con la velita rosada y dijo:

—Una flor para una Flor.

Es probable que ese haya sido el día más feliz que vivimos juntos. Lástima que yo no pude disfrutarlo a fondo. Estaba nerviosa y no dejaba de mirar hacia la puerta. Me parecía oír goteras por toda la casa y tuve que ir a la cocina y al baño a apretar las canillas.

—¿Qué es ese ruido? —le pregunté a papá.

—¿Qué ruido?

Acabábamos de cantar el feliz cumpleaños y Flor había soplado varias veces la velita mágica. Al final casi se había puesto a llorar porque no se apagaba nunca, y tuve que ayudarla yo.

—Ese, ¿oís?

—No hay ningún ruido, Clara.

Papá terminó de cortar la torta y Flor se me acercó con un platito.

—Ahora no, gracias.

Ella comió y se llenó de chantilly. Papá le limpió la cara con una servilleta y se comió las frutillas que ella iba dejando. Flor solo quería la crema y papá ya empezaba a malcriarla.

—Que se coma la fruta también — le dije.

—Déjala, es su cumpleaños, ¿o no? Comé un poquito vos, vení.

Una cosa es cierta: el regalo fue perfecto. Flor se hamacó hasta medianoche. Quise llevarla a

dormir pero papá me pidió que la dejara un rato más. Estaban pintando en un plato con el dedo embadurnado en dulce de leche. Mientras tanto yo iba y venía hasta la puerta de la calle para espiar por la mirilla y asegurarme de que nuestras voces no tuvieran al edificio alertado y que ellos no anduvieran rondando nuestra puerta.

Casi me dio un ataque cuando papá levantó a Flor en brazos y la asomó por la ventana. Ella se afirmó en el borde y sacó media cabeza afuera. Le dije que la sacara de ahí enseguida. Se lo dije en un susurro, para evitar que nos oyeran, pero con la intensidad de un grito. Él no me hizo caso y siguió señalando un punto en la oscuridad y contando una historia sobre los pajaritos en los árboles. Los pajaritos que pueden ir a donde quieran porque tienen alas para volar. Pensé en amenazarlo con traer el candado, pero hacía tiempo que mis amenazas no tenían efecto. Ya nada le importaba; aceptaba todo con tanta resignación que me hacía sentir como un carcelero inútil y despiadado.

—¿Qué te pasa, Clara?

Dejó a Flor en el piso. Estaba cansado y se había puesto a toser.

—Es que puede venir alguien. — dije.

Él me tironeó de la manga y me obligó a sentarme.

—Nadie va a venir dijo—. Estamos enterrados vivos.

Si se lo hubiese contado, papá me habría dicho que la cabeza me andaba mal, Una vez dijo que el cerebro es como un cuenco de tierra y que la tierra se seca y puede llegar a pudrirse y a llenarse de bichos. Por eso ni se lo mencioné. ¿Pero quién puede decirme ahora que no tenía razón?

Un mes después del cumpleaños de Flor, cerca de Navidad, me encontré con Carmen cuando iba a sacar la basura. Fue un domingo por la tarde, cuando se suponía que ella estaba en La carpa con los de su secta. Pero no, en cuanto abrí la puerta la vi a mitad de la escalera, con esa cara de termita sonriente y haciéndome señas desde el umbral para que la esperara. Subió los escalones de dos en dos y miró dentro de casa.

—¿No sube hoy a la azotea, muchacha? Hace un día espléndido.

Traté de disimular mi asombro y me paré contra la puerta para que no se le ocurriera entrar. Flor apareció caminando con un muñeco de peluche en la mano. Al verla, Carmen soltó un chillido.

—¡Qué grande está! Qué preciosa —se agachó junto a ella y le dijo:—. Hola, Florrencia, soy Cargmen. ¿No te acordás de mí?

La levantó en brazos y el muñeco cayó al piso. Inmediatamente, Flor se largó a llorar. Habrá pensado que Carmen venía a buscarla: cada vez que la rezongaba la amenazaba con llamar a Carmen para que la cocinar a en su guiso, y por eso ahora berreaba y se revolvía como un cachorro.

—No se acuergda de mí —dijo Carmen y volvió a bajarla.

Flor se escondió detrás de mis piernas.

—Anda para adentro, Flor.

Le di un empujoncito y cerré la puerta.

—¿A dónde ibas? — me preguntó Carmen.

—A sacar la basura.

Levanté la bolsa y se la mostré. Carmen bajó conmigo el primer tramo de escalera y antes de entrar a su apartamento volvió a insistir con que subiera a la azotea.

—Hace un día imperdible —dijo.

Ya no podía engañarme. Carmen conocía todos mi movimientos y me terna vigilada como a un preso. También la azotea había dejado de ser segura para mí.

Había dos cosas que asustaban a Flor: Carmen y la pieza del fondo. Cuando no la amenazaba con mandarla a la casa de Carmen para que la cocinara en su guiso. le decía que iba a encerrarla ahí.

La pieza del fondo está llena de tablas, herramientas y cajas viejas. Para entrar hay que salir al balcón que comunica con el patio interior, donde los vecinos cuelgan la ropa y desde donde se ve la ventana de la cocina de los otros apartamentos. Desde el balcón es Fácil vigilar y ser vigilado. Cuando era chica, los viejos del primer piso pasaban el día entero sentados en unos taburetes enanos y sin respaldo. Así nos enteramos de que el viejo mojaba la cama y que dejaba caramelos chupados por toda la casa, porque su mujer lo llamaba “viejo inmundo y sucio”. Si salías al

balcón era casi imposible que el resto del edificio no estuviera al tanto de tu vida. Papá y Julia se sentaban ahí a comer pastafrola y a tomar mate. En cuanto los veía. Carmen también salía y se apoyaba en la baranda para conversar a los gritos. Hablaban del tiempo e incluso se pasaban recetas de cocina. Julia siempre le sonreía con amabilidad, pero en cuanto entraban, ella y papá se reían a carcajadas y la llamaban espantapájaros. Una vez papá dijo que nunca había visto unas manos tan grandes, ni siquiera en un hombre. Julia, todavía con los ojos húmedos de risa, le pidió que no dijera esas cosas “delante de la nena”.

La pieza del fondo siempre estaba sucia. Por más que Julia barrierá, la mugre, los bichos muertos y el agua de lluvia se metían por la rendija de la puerta que solo tenía un gancho de alambre como cerradura. Ahora hace años que esa puerta no se abre y la pieza del fondo se convirtió en una pieza abandonada. Cuando Julia murió hice arreglar la cerradura y puse un candado. También la puerta que da al balcón está clausurada y cubierta con una frazada a cuadros que funciona como una cortina espesa y permanente. El balcón siempre estuvo prohibido y a Flor no se le habría ocurrido acercarse.

Me imagino que aún hoy la pieza abandonada esconde las cosas más horribles. Tal vez ese cuchicheo que oigo ahora mismo sean madrigueras de ratas. Una vez me dijeron que los animales cambian con el tiempo y mutan en especies malignas que pueden llegar a escapar¹ al control de los seres humanos. Cuando estaba en la escuela vi una película de esas y por varias semanas no pude dormir. Pero qué pueden importarme ahora los monstruos de la pieza abandonada, esas ratas deformes que se habrán quedado ciegas de tanto vivir en la oscuridad y que desarrollaron pelos duros y gruesos como alambre. Hasta me divierte pensar en la sorpresa que se va a llevar Carmen cuando abra la puerta y una montaña de animales repugnantes le caiga encima y le arranque los ojos y las orejas con las fauces hambrientas de tantos años. Me consuela creer en esto: que va existir alguna forma de redención en que esas criaturas nocturnas, al fin y al cabo mis criaturas, acabarán con Carmen y su secta.

Recién pensaba en el primer cumpleaños de flor y en que ese había sido el día más feliz de nuestras vidas. Y es verdad, pero ese día también marcó el principio del fin. Pasamos los meses siguientes cada vez con menos dinero y cada vez más acechados. Nos cortaron el agua. A papá le dije que las cañerías del baño se habían roto y que había tenido que cerrar la llave central. Él no me cuestionó y empezó a lavarse con el balde de agua que le calentaba en la cocina. No me atreví a pensar qué pasaría cuando el dinero de Julia se acabase por completo. En realidad nunca concebí esa posibilidad como algo verdadero o como algo que pudiera sucedernos en un futuro cercano. Si pensaba en nuestra situación lo hacía de forma tangencial, apenas considerando las consecuencias, como si analizara un objeto que nada tenía que ver conmigo. Y así siguió siendo durante más de un año, una posibilidad tan ajena y distante como todo lo que ocurría fuera de los límites de la ventana.

A veces parece absurdo que el tiempo siga pasando. Ahora, por ejemplo. Parece absurdo que no haya un punto en que el tiempo se detenga abruptamente. Como esa gente que creía que la Tierra era plana y que había una línea donde el océano se terminaba en una gran cascada. Una cascada eterna. Tal vez la Tierra sea redonda solo para evitar que la gente vaya hasta el borde del mundo y salte al vacío, para que no podamos escapar de ella. Pero el tiempo siguió pasando a pesar de mí, a pesar de nosotros, aunque debería haberse terminado el día en que Flor cumplió un año, con la sonrisa de papá y la velita mágica. Ese sí habría sido un final feliz. Un final perfecto.

Poco a poco dejé de subir a la azotea. Durante el verano solo fui algunas veces y luego cada vez menos hasta que acepté que era demasiado peligroso. A Carmen casi nunca la veía: las bolsas en la puerta, el dinero bajo el felpudo y nada más. Flor cumplió dos años; lo festejamos con una torta que era un bizcochuelo seco con unos confites de colores pegados al baño de chocolate y dos velitas comunes y comentés. Luego llegó el verano, que sería el último, aunque yo no lo sabía.

Más o menos por esa época papá me pidió que le llevara los juguetes de Flor a su cuarto.

—Se aburre, tantas horas sola, y yo también me canso.

Le llevé todos los juguetes: el caballo, los peluches, los animales de goma, la cocinita, la Barbie hawaiana. Papá me dijo que nunca imaginó que tuviera tantos.

Flor pasaba cada vez más tiempo con él. Casi todos los días yo inventaba alguna excusa para estar sola —un mandado, un trámite, los problemas de la cañería—. Les dejaba algo de comer en el cuarto, cambiaba el agua del pájaro y me iba.

—Vuelvo en un rato. Pórtense bien.

Papá no mostraba ni amargura ni alegría. Al principio Flor quería salir, rascaba la puerta o me llamaba llorando, pero yo no le abría. Me quedaba en silencio para que pensara que había salido. No iba a ningún lado, en realidad, solo me sentaba en el living, cerraba los ojos y pensaba en la azotea; reconstruía el paisaje en el recuerdo como quien pega un jarrón destrozado.

A la hora de la siesta papá le contaba cuentos a Flor. Por la mitad del cuento ella se dormía y papá seguía contando un poco más, hasta estar seguro de que no iba a despertarse. A veces él también se dormía al lado de Flor. Su respiración ruidosa, sobresaltada, se oía desde el living. Para mí era siempre una desilusión, porque me quedaba sin saber el final de la historia. Todas las

tardes me sentaba en el suelo, contra la puerta, y esperaba a que retomara el cuento inconcluso del día anterior, pero ni una sola vez lo oí repetir alguno. A veces su voz bajaba tanto que tenía que acercarme más a la puerta, con cuidado de no empujarla, tan quieta que los músculos se me agarrotaban. Una vez probé apoyar un vaso contra la puerta. No sé quién me había hablado de esa técnica, pero no funcionó: solo se oían voces distorsionadas, como ecos sueltos en una cueva. Esas tardes de calor, con la voz de papá hincándose en el silencio de la casa, en mi propio cuerpo inmóvil y dolorido, son el recuerdo más nítido que tengo del último verano. Un único momento de calma que me permitía olvidar, aunque fuera por un rato. la azotea.

El calor había caído sobre nosotros como un trapo húmedo. El aire se condensaba dentro del apartamento y no había forma de sacar el olor a pájaro. En el edificio dejaban las puertas abiertas para hacer corriente y en los pasillos se mezclaban conversaciones y griteríos, ruidos de platos, radios, televisores y la campana de algún teléfono, todo cocinándose en un aire pútrido queapestaba a fritura.

A papá le costaba respirar y tosía mucho. Incluso el canario tenía las alas amarronadas, como hojas marchitas.

—El pobre se está asfixiando —me dijo papá un día, mirando preocupado hacia la jaula.

Faltaba poco para Navidad y pensé en hacernos un buen regalo, algo que nos alegrara a todos. Escribí en un papelito; Dos ventiladores baratos, y lo puse debajo del felpudo. Era una locura, lo sabía. La termita volvió a cobrarme el taxi, pero no me importó.

Los ventiladores resultaron mi alivio. Yo me pasaba casi todo el día frente al mío en el living, y papá dirigía el suyo a veces hacia la cama y otras hacia el canario. No eran modernos; vibraban de tal manera que a lo largo del día se desplazaban unos cuantos centímetros y el traqueteo sonaba como el zumbido de una heladera vieja, pero Flor los encontró fascinantes. El primer día se sentó a mis pies y habló cerca de la rejilla para que la voz le temblara.

—Sos un robot —le dije.

Era una palabra nueva para ella y se puso a repetirla sin parar.

—Robotrobotrobotrobotrobotrobot.

Me recosté en el sillón con los ojos cerrados y traté de no escucharla. Los días se alargaban y solo podía pensar en una cosa: la azotea, el borde afilado del pretil y yo haciendo equilibrio en esa cuerda floja, siempre a punto de perder pie. Veía el sol rojo escondido tras el campanario y los techos de las casas como escaleras resplandecientes por las que podía trepar hasta el cielo. La voz de Flor me pinchaba los oídos y tenía que hacer un gran esfuerzo para no perder la paciencia. Desde que había dejado de subir a la azotea, andaba abstraída y me fastidiaba que Flor me siguiera como un perro guardián. Si me preguntaba algo, no la oía. y ella seguía repitiendo lo mismo hasta que lograba sacarme de mis pensamientos sobre la azotea. Siempre era algo sin importancia: ico ico, agua, pis.

—Robotrobotrobotrobotrobotrobot.

Abrí los ojos y me incorporé en el sillón.

—¡No digas más robot!

Flor se dio vuelta y me miró fijo. El traqueteo del ventilador volvió a oírse, trajo un alivio tan tenue como ese viento falso que a duras penas nos llegaba, y enseguida la voz de Flor reapareció como un zumbido.

—Holaholaholaholaholahola.

Desde niña odio el verano. La ciudad vacía y las noches como largos abismos. Por la ventana entraba el rumor de las hojas y el silbido del viento; la puerta del balcón quedaba abierta para hacer corriente pero ese mismo aire hacía chirriar los postigos y nunca podía estar segura de que en mi cuarto no hubiera una rata, un murciélago o uno de esos ladrones que trepaban al techo y se metían por la ventana.

—Te tapan la boca con un trapo y después matan a toda tu familia —me había dicho un niño de la escuela.

Así pasaba diciembre y enero, despertándome a cada rato, imaginando dónde me escondería si alguien entraba por la ventana. Debajo de la cama, adentro del placard, detrás de la puerta. En febrero Julia se tomaba vacaciones, metíamos todo en el auto y nos íbamos a la cabaña de la playa. Alquilábamos el mes entero pero casi siempre nos volvíamos antes porque Julia se ponía de mal humor. Se quejaba de la arena que se metía en la cama, del calor, del olor de las almohadas, de los mosquitos.

A unas casas de la nuestra vivían unos niños que salían en bicicleta y me atacaban con bombas de agua o bolas de arena mojada.

—¿Por qué no vas a jugar con esos niños? —me preguntaba Julia.

Una tarde me obligó a quedarme en el jardín mientras ella y papá dormían la siesta. Entonces la pandilla pasó a toda velocidad y me bombardeó: una bola de arena me pegó en la espalda y tuve que hacer fuerza para no llorar. Ellos siguieron de largo, riéndose a carcajadas, y dieron la vuelta a la manzana. Un auto pasó y levantó una nube de tierra: el camino era de pedregullo y las llantas de los autos hacían un ruido terrible, como si el piso se abriera debajo de ellas. Por eso no los oí acercarse. Cuando la nube se desvaneció, la pandilla apareció de la nada y con gritos indígenas me tiraron más bolas de arena.

A la tercera vuelta de manzana uno de los niños resbaló en el pedregullo y se cayó de la bicicleta. Lo vi deslizarse hacia la banquina y desaparecer en la nube marrón que levantó al caer. Ninguno de sus compañeros se detuvo a ayudarlo; les daba vergüenza recogerlo frente a mi casa. No sé qué pasó después; en la confusión solo se oían sus alaridos. Creí que estaba agonizante, con todas esas miles de piedritas metidas bajo la piel. Papá se levantó a ver qué pasaba, y cuando le pregunté qué iban a hacerle al niño, me dijo que le iban a cortar la pierna por haberme molestado. Me pareció muy bien, y estuve segura de que él había tenido algo que ver con ese acto de justicia.

En la esquina había una casa abandonada. La descubrí unos días después de instalarnos en la cabaña el primer verano. El pasto estaba alto y desprolijo y las persianas bajas; de los barrotes de la ventana se descolgaba un chorro seco y rojizo que teñía la pared. Me gustaba jugar ahí. Imaginaba que ese era mi mundo secreto, un palacio que había resistido a una guerra en la que yo era la única sobreviviente.

El otro año, cuando volvimos al balneario, la casa seguía deshabitada. Un musgo espeso había trepado por las paredes y en las esquinas aparecieron hongos blancos con sombreros enormes. El portón se había herrumbrado; ya no quedaba pintura negra sino un polvo rojo que manchaba las manos. También la fachada se había ido descascarando y perdía trozos de revoque. Golpeé la parte saltada de la pared con un palo, arranqué un trozo de revoque y lo usé de tiza para dibujar una rayuela. Los hormigueros de la casa abandonada eran enormes, tan grandes que no me animaba a pisarlos sino que les prendía fuego. Antes de incendiarlos rodeaba el agujero con piedras para que las hormigas no pudieran salvarse. Incendiar un hormiguero no es tan fácil como parece; hay

que llenarlo de hojas secas y de pinas, porque la tierra sola no prende, y aun así el fuego nunca dura demasiado.

Julia odiaba que yo jugara en la casa abandonada y a veces se lo decía a papá.

—Está todo el día jugando en ese basurero cuando tiene toda la playa para ella sola. ¿Para qué la traemos a este paraíso?

Papá la dejaba hablar y no le contestaba. A veces se reía, se ponía una mano extendida en la frente y le decía; “Si, mi sargento”, o “Si, mi general”. Julia se enojaba y podía pasar varios días sin comer ni decir una palabra.

Verano a verano la casa de la esquina se iba transformando. No eran grandes cambios y a los ojos de cualquiera tal vez siguiera siendo una simple casa abandonada, pero para mí se había convertido en el único concepto de envejecimiento que podía entender. Pensé que un día llegaría y no encontraría nada. No me refiero a que la hubieran demolido, sino que se habría desintegrado por sí sola hasta convertirse en un montoncito de cal entre la maraña del pasto. Cuando le pregunté a papá por qué nadie vivía ahí, me dijo que la casa era tan vieja que ya no terna arreglo.

Muchas veces miré a Julia de la misma manera, como algo viejo y sin arreglo, buscando algún indicio de su destrucción. Pero ella nunca cambiaba y hasta sus amigas se lo decían: “Vos siempre estás igualita”. Casi no tenía arrugas y su único complejo eran las várices que había heredado de la madre: finas como una red de pesca detrás de las rodillas y gruesas como cordones negros alrededor la pantorrilla. Un mapa de ríos y de cordilleras en relieve. La destrucción es así, puede llevar mucho tiempo. Par a desgracia de Julia, las várices fueron lo único que sobrevivió al accidente.

Una vez me dijeron que sería imposible reproducir mentalmente todo lo que se hizo en un día, minuto a minuta, porque el propio recuerdo ocuparía el día entero. Yo no estuve de acuerdo; dije que en todo caso se viviría un día duplicado. Me gustaría poner a prueba esta teoría, pero no creo que me quede por delante tanta vida como recuerdos.

Febrero, cerca de medianoche. Yo había estado vigilando por la mirilla de la puerta desde las nueve. A las diez menos cuarto había llegado el policía. Esta vez lo acompañaban otros dos. Uno joven y flaco, en apariencia inofensivo pero que no era de fiar, y uno gordo, de barba y bigote, con una voz afeminada que no parecía salir de su cuerpo sino de algún transistor escondido entre la ropa. El policía de siempre tocó el timbre en el 302 y los otros miraron mi puerta lanzando señales secretas con los ojos. Los tres llevaban una especie de bolso o mochila de tela. Me preocupó pensar¹ qué podían llevar ahí, quizás micrófonos o armas. Me alejé de la puerta, asustada, y al rato reconocí sus voces al otro lado de la pared. La música subió; imposible que pudieran oírnos con semejante volumen. Había risas y mido de vajilla. Un grito se alzó por encima de la música:

—¡La noche recién empieza!

Lo que empezó, en realidad, fueron los escobazos de Carmen, tan fuertes que hasta yo podía oírlos desde mi cuarto. Las del 302 no se dieron por enteradas, y de nada habría servido llamar a la policía, así que después de un rato Carmen se cansó de golpear. A las once ya no quedaba nadie en la escalera. El hombre del 102 había salido en su moto como todos los viernes y no volvería antes del amanecer. El resto eran viejos medio moribundos que casi no podían levantarse de la cama.

Todo estaba listo: los tres bidones de plástico y el carro de feria que usaba para cargarlos hasta la canilla del patio interior. Como siempre que iba a robar agua, tenía la respiración entrecortada y las manos tan sudorosas que se me resbalaban de la manija. Bajé levantando el carro para no hacer ruido; había sacado músculos en los brazos de tanto subirlo y bajarlo por la escalera. Miré alrededor. Nadie. La canilla del patio hizo un chirrido antes de soltar el agua. Esperé que saliera la mugre del caño y llené los bidones. A cada rato miraba hacia la puerta y hacia arriba, donde estaban las ventanas de los apartamentos interiores. Los minutos se eternizaban y sentía el corazón apretado en el pecho.

Cuando por fin se llenó el última, acomodé los bidones en el carro y me preparé para subir a casa. Pero al darme vuelta empujé el cartel de Prohibido sacar agua que colgaba de la canilla, un cartel de lata que al caer hizo un ruido tan escandaloso que estremeció hasta los cimientos del edificio. No sé por qué no corrí. Me quedé conteniendo la respiración, convertida en una estatua, como si así fuera a mimetizarme con las plantas del patio. Pasaron unos segundos pero ninguna cabeza se asomó a la ventana. No me preocupé por levantar el cartel, tiré del carro tratando de no hacer ruido y entré al hall.

El aire Fresco me secó el sudor. El carro pesaba mucho, aunque en aquel momento podría haber levantado una bolsa de cemento con una sola mano. Subí hasta el primer descanso sin dificultad, pero los problemas no se habían terminado. De pronto levanté la vista y me encontré con la vieja del 101 envuelta en una bata blanca y con la cabeza llena de rulos.

—¿Pero qué es esto? — dijo, y juntó las manos en un rezo.

Seguí de largo sin responder, sin mirarla siquiera. Ella amenazó con denunciarme al administrador, que bastante altos eran los gastos comunes para que ella terminara manteniendo a los demás. Pensé que iba a perseguirme escaleras arriba, porque subió unos escalones detrás de mí, pero después se paró y siguió gritando por el hueco de la escalera.

—¿Cómo quieren que vivamos los viejos con una pensión miserable, si encima nos roban por todos lados? ¡Nosotros nunca le hicimos asco al trabajo!

Tuve suerte de que sus grititos de perro chihuahua no alertaran a Carmen. De todas maneras ella iba a enterarse; apenas unos días antes me había dejado una nota entre las bolsas del supermercado avisándome que el administrador ya había hecho la demanda. Era solo cuestión de tiempo.

Carmen tenía todo bajo control. Yo debería haber abandonado el edificio en aquel momento, cuando todavía me quedaban los últimos ahorros y papá no estaba demasiado enfermo como para levantarse de la cama. Ese fue el punto decisivo y no sé qué me detuvo. De solo pensarlo el miedo me paralizaba. No sabía a dónde ir y ni podía imaginar otra vida que no fuera aquella: la casa y mi rutina, cuidar a papá, cocinar, limpiar el cuarto, cambiarle el agua al canario, bañar a Flor.

En cuanto cerré la puerta el cuerpo se me aflojó. Pesaba el doble que de costumbre; cada pelo, cada uña, incluso el aire que me entraba no sé cómo por la nariz, me pesaba. Sentada en el sillón del living, con los brazos todavía temblando por el esfuerzo, sentía la columna como una vara de hierro que me atravesaba de punta a punta. Recién empezaba a darme cuenta de la gravedad de la situación: me habían descubierto. El administrador sellaría el paso del agua y en tres días, con suerte, moriríamos de sed y de hambre.

En eso estaba pensando cuando Flor salió en camión del cuarto de papá.

—Flor, ¿qué haces despierta?

Entornó la puerta y la luz del dormitorio se volvió apenas una línea blanca. En el 302 la música no paraba y las voces tampoco. Cada gemido se oía con tal claridad que hubiera dado lo mismo tenerlos bailando en la sala. Flor se trepó a mis rodillas y le acaricié el pelo.

—¿Por qué te despertaste? ¿Tenés hambre?

Hizo que no con la cabeza.

Quiedo ver los pajaditos dijo.

—¿Qué?

—Quiedo ir afueda. Con los pajaditos.

—No, Flor. Afuera no hay nada.

Se puso a lloriquear y a refregarse los ojos.

—Pajaditos...

—Basta.

—Quiedo ver los pajaditos.

La agarré de los brazos y la sacudí.

—¿Vos qué querés? —le grité—. ¿Querés que nos maten? —ella me miró con los ojos grandes, a punto de largarse al llanto—. Decime, ¿querés que te coma el ogro? ¿Que te cocine en su guiso?

Negó con la cabeza y se echó a llorar desconsolada. Tuve una visión terrible: vi a Flor hecha

mujer, atropellando mi cuerpo viejo y débil para abrir la puerta y correr a la calle. La apreté contra mí y sentí su cara húmeda en el pecho.

—Chiquita —le dije, abrazándola con fuerza—, perdóname. Vos no entendés, es por eso...

El llanto no paraba. No sé si la estaba lastimando; solo quería metérmela en la panza y que no volviera a salir más, nunca más.

Quiero recordar los últimos meses como una recta Anal, Sin duda hubo una razón por la que la vecina prefirió no denunciarme al administrador ni cortar el suministro del agua. Yo seguí robando cada vez con menos cuidado porque imaginé que todos estaban enterados y que contaba con el permiso tácito de la secta termita. Nada sucedía porque sí y no valía la pena convencerme de que había sido un golpe de suerte. Ahora que soy testigo de nuestra destrucción y que solo me resta esperar el desenlace, puedo ver con claridad la obra maestra de Carmen. Entiendo, por fin, que lo que intentaron desde un principio fue despistarme, hacerme vivir una falsa esperanza para que tarde o temprano fallara en algo.

Llegó un punto en que solo pude pensar en presente. Lo único que me ocupaba desde que abrí los ojos era cómo sobrevivir ese día. La guerra se llevaba a cabo minuto a minuto; no había espacio para la planificación. Teníamos que resistir cada momento hasta que cayera la noche. Entonces todo era diferente; el reino de Carmen se debilitaba y nosotros podíamos reponernos para empezar de nuevo a la mañana siguiente.

Carmen y su secta siempre tuvieron conexiones poderosas. Muchas veces me había dicho, con orgullo, que los inmigrantes eran los forjadores del país. Debí suponer que tenía algún vínculo secreto con el gobierno. Un día, cuando Flor no había nacido, le pregunté si se interesaba por la política.

—Esas son cosas de hombres —contestó rápido.

Me dio la espalda y se puso a recoger las tazas. Las porcelanas le tintinearón en la mano y ni siquiera se quejó de que no hubiera terminado mi infusión.

Por eso no me sorprendió que finalmente nos cortaran la luz. Estábamos en marzo, pero hacía el mismo calor que en enero y lo que más nos afectó fue no poder usar los ventiladores. Le pedí a Carmen varios paquetes de velas pero me cuidé de actuar como si liada hubiera pasado. Por las noches, aunque era un gasto innecesario, dejaba una vela encendida junto a la puerta de calle para que se viera un reflejo.

Las luces de las velas llenaron la casa de fantasmas. Las paredes se movían como si estuvieran siendo devoradas por el fuego y los objetos arrojaban sombras alargadas que se prolongaban sobre las paredes y el techo. Cuando las velas titilaban, la casa parecía un faro encantado, fuera de control. De noche me sentaba en la sala y miraba las sombras hasta que las velas se consumían y no quedaba más que un charco de cera derretida. Cuando hacía mucho calor me sentaba en el baño y miraba la sombra que proyectaba la canilla, unos dientes alargados que parecían la hélice de un helicóptero, pero nunca me iba a la cama hasta que todas las velas se hubieran apagado.

Las velas asustaban a Flor. No le gustaba estar a oscuras y su primera reacción fue correr a esconderse bajo la mesa. Se tapó los ojos y esperó, pero al espiar entre los dedos las sombras seguían ahí, sinuosas, colándose por todas partes. Me agaché y traté de convencerla para que saliera.

—Son sombras, no fantasmas.

—No quiedo.

Tuve que meterme debajo de la mesa con ella.

—Esta es nuestra casita —le dije.

Apoyó la cabeza en mis rodillas y le acaricié el pelo hasta que se quedó dormida y pude llevarla a la cama.

En las noches siguientes el miedo fue dejando paso a la fascinación. Corría detrás de las sombras e intentaba atraparlas. Giraba sobre sí misma sin poder decidir cuál quería atrapar primero, y a veces hasta se mareaba y caía sentada sobre la alfombra.

Eso fue en marzo, principios de abril como mucho, porque aún no había llegado la notificación del juzgado. Alguien la pasó por debajo de la puerta y no me animé a leerla hasta la noche. La dejé sobre la mesa y la miré de lejos, desde donde alcanzaba a ver en letras grandes CEDULÓN. Recién cuando papá y Flor se durmieron, me acerqué y leí la fecha de citación, nada más que eso. Fui al ropero de Julia, saqué una pila de frazadas gruesas y cubrí las ventanas. Tapé la ranura bajo la puerta con un perro salchicha, un cilindro de tela relleno de arena. A la cerradura le puse papel higiénico, igual que a la mirilla. Recién ahí me sentí a salvo.

Los días de calor cambiaba las frazadas por sábanas, para que entrara un poco más de aire. Si soplaba viento, las sábanas se hinchaban y Flor se metía por atrás y aullaba buuuuuu. Podía hacer eso durante horas. La casa quedaba, entonces, poseída por los espíritus de las sábanas. Era hermoso, sobre todo cuando las sábanas se inflaban como pulmones llenos de aire.

Una día bailamos un vals. Fue hace apenas tres meses, pero parece una eternidad. Papá tarareó el vals mientras hacía gestos como si estuviera tocando el violín. Levanté a Flor en brazos y empezamos a girar como las bailarinas de las cajitas de música. Flor se mareó y quiso bajarse, pero yo seguí dando vueltas porque nunca me mareaba; conocía el secreto de mirarme la mano como un punto fijo.

—¡Buuuuuuuuu! ¡Buuuuuuu! —Flor había vuelto a jugar a los fantasmas.

La hice callar porque no me dejaba oír el vals de papá.

—Dejala que también se divierta —dijo él.

La dejé, pero tuvimos que cambiar de juego. Flor se aburría inmediatamente de cualquier cosa; había que estar cambiando a cada rato o se ponía a llorar. Jugamos a que papá tocaba el instrumento que nosotras le decíamos y, si se equivocaba, tenía una prenda. Si estaba tocando el violín, por ejemplo, y yo gritaba “piano”, él tenía que cambiar al piano. Había que hacerlo rápido, para que se equivocara y fuera más divertido.

—¡Trompeta!

—¡Acordeón!

—¡Guitarra!

—¡Flauta!

Gritábamos un instrumento cada una, pero yo lo hacía mejor que Flor. Ella solo repetía lo que yo acababa de decir. Si yo decía “¡Gaita!”, ella también gritaba “Gaita” y papá no tenía que cambiar; así el juego no tenía gracia. Decidí dictarle un instrumento al oído para que ella lo gritara. No funcionó muy bien porque el aliento le hacía cosquillas en la oreja y le daban ataques de risa. Una vez le dije “Cuerno” y no para de decir “Cuerno” durante el resto del juego. Le tuve que tirar del pelo porque lo arruinaba todo.

—¡Cuerno ya no vale!

Pero ella siguió:

—¡Cuedno! ¡Cuedno!

El cuerno fue una buena idea. Era un instrumento difícil de representar y papá dudó y lo tocó igual que la flauta. Me discutió que no, que era diferente poi que en el cuerno no movía los dedos y en la flauta sí. Nunca logramos hacerlo perder. Flor gritó “¡Piano!” y él fingió equivocarse. Eso la hizo reír.

—¡Pdenda! ¡Pdenda! — gritó.

—No vale —dije—, sos un tramposo.

De haber perdido en serio, la prenda hubiera sido una semana sin el pájaro.

Esa fue la última vez que vi a papá con energía. Al igual que la casa abandonada, papá se desmoronó lentamente, pedazo a pedazo, pero yo no lo noté o no lo quise notar. Ya no tenía fuerza para comer ni limpiarse solo y la piel se le había hundido en las mejillas como si las estuviera succionando para hacer una morisqueta. Si lo advertí, no me pareció grave; solo estaba adelgazando. Yo también había perdido peso y hasta tuve que achicarme los pantalones. Pero un día entré a su cuarto y no me reconoció. Fueron unos segundos nada más; miró a través de mí como si fuera de vidrio y enseguida se acomodó: “Ah, Clara, me asustaste”. Fue entonces que sentí, por primera vez, que jamás habría un futuro para nosotros.

La noche antes de ir al juzgado soñé que unos hombres de túnica blanca nos echaban del edificio. Yo salía primera y papá detrás, envuelto en una frazada y sin equipaje. Desde el techo de la iglesia miles de personas nos apedreaban y nos tiraban baldes de excremento. Yo corría de un lado al otro tratando de esquivarlos: miraba hacia arriba y veía una masa oscura a punto de caerme encima. Saltaba hacia la derecha pero ahí también caían piedras y montones de basura y tenía que dar otro salto hacia adelante. Aunque no había escapatoria, por alguna razón la suciedad nunca llegaba a tocarme. Busqué a papá con la mirada y vi que los hombres de blanco lo tironeaban de los brazos y de las piernas y que empezaba a desgajarse sin oponer resistencia. Me despertó la voz de Flor. Dijo que papá no quería jugar. Fui al dormitorio y le toqué la frente; tenía fiebre.

—Dejá a papá quieto que no se siente bien —le dije—. Vení, vamos a hacer un mandado juntas,

—¿Vamos a ver los pajaditos?

Le dije que sí, y también le advertí que no dijera nada sobre papá o iban a meternos a las dos en una olla y a comernos como el gigante del cuento.

—¿Te acordás de los niños envueltos?

—Sí.

—Bueno. Entonces pórtate bien.

Al salir, el sol nos pegó un latigazo en los ojos. Las líneas blancas de la cebra disparaban haces de luz como chispas y Flor se cubrió la cara con las manos. Me arrodillé junto al cochecito y le bajé la visera del gorro. El viento era fresco, de mediados de mayo, pero el sol me hacía sudar bajo el abrigo de lana. Miré el cielo celeste y uniforme; ni una nube aliviaba el derroche de luz. Caminé hasta el juzgado empujando el cochecito. Flor miraba alrededor como si quisiera comerse el mundo con los ojos, no se daba cuenta de que era el mundo el que iba a comérsela a ella.

El juzgado quedaba en una casa antigua con escalera de mármol. En cuanto me vieron entrar, dos hombres bajaron la escalera y estiraron los brazos hacia el cochecito.

—Yo puedo sola —les dije.

Logré subir dos escalones, pero la escalera era demasiado empinada,

—Permítame —dijo el más viejo.

—La ayudo —dijo el otro.

Forcejamos un poco pero al final ellos agarraron el coche de adelante y de atrás y arrastraron a Flor escaleras arriba. Yo subí detrás, dispuesta a hacer cualquier cosa si intentaban escapar con ella.

En la sala de espera un hombre me cedió el asiento. A mi derecha había una mujer joven, tan linda como esas de la televisión. A mi izquierda una vieja con bastón. La joven se acomodó en el asiento y se alejó un poco de nosotras. Los ojos se detenían en Flor y en mí, juzgándonos en silencio. Nada de lo que nos rodeaba me inspiraba confianza y hubiera dado igual que esos seres fueran marcianos. Me levanté, decidida, y empujé el cochecito hacia la escalera, pero antes de que

pudiera bajar el primer escalón, los hombres ya estaban ahí, con sus sonrisas serviciales y extraplanetarias, dispuestos a detenerme. Eran guardianes implacables y me di cuenta de que no tenía otra opción que quedarme en el juzgado y esperar, sin intentar ningún movimiento.

El juez resultó ser una mujer. Me hizo sentar y dedicó unos minutos a hablar con Flor. Le preguntó cómo se llamaba y cuántos años tenía.

—Dos y medio—dije.

—¿Querés un chupetín, Florencia?

Flor asintió; se había metido cuatro dedos en la boca.

—¿Limón o frutilla?

—Fdutisa —dijo, y un chorro de baba le resbaló por la mano.

Los ojos de la jueza eran como árboles silenciosos, con toda la maldad de los bosques. Se posaban sobre mí con falsa bondad y me analizaban el pelo, la ropa, las uñas comidas. Me aterró el nivel de planificación. Cada detalle había sido pensado de antemano; el chupetín, la silla y los guardias de la escalera, que se creían los dueños de los buenos modales.

El dinero de Julia se había acabado. De los ahorros escondidos bajo el colchón no quedaba prácticamente nada; para dos o tres meses como máximo. La jueza habló mucho aquella tarde. Nunca levantó la voz, su tono monocorde se me estancaba en los oídos y terminó por confundirme. Lo único que quedó claro fue que debía pagar las deudas del edificio.

—Son casi tres años de atraso —dijo, pasando las hojas de un cuaderno blanco atado con un piolín—, más los intereses...

Leyó una lista de fechas y de números que yo apenas escuchaba y que de todos modos no significaba nada. Lo mismo daban tres millones que treinta pesos, no teníamos salida.

—¿Tiene trabajo, usted?

—No.

—¿Y el padre de la niña?

Una avalancha de acusaciones, como si tuviera derecho a entrometerse en nuestra veda. Yo tenía razón: un día te hacen preguntas y al siguiente están metidos en tu casa, se apoderan de tus cosas, toman decisiones y no tienen la menor idea de lo que hacen. No pude defenderme. La cara me ardía de hacer tanta fuerza para contener las lágrimas. Lo más humillante, lo imperdonable, fue que tuve que mencionar al hombre de los remedios delante de Flor.

—Esto significa, en otras palabras, que se vendería el apartamento para pagar las deudas. ¿Entiende?

Dije que sí y miré a Flor. Ella no entendía. Callada y sin moverse del cochecito, hacia girar el chupetín

dentro de la boca.

—Lavamos a volverá citar —dijo la jueza—. Por favor, no falte.

No estuvimos mucho tiempo ahí, pero el efecto que tuvo en nuestras vidas fue devastador. Llegué a casa empapada y con los dientes doloridos de tanto apretarlos. Senté a Flor entre mis piernas, en la cama grande, y comimos merengues regando migas sobre la colcha. Ella solo los chupó y los deshizo con la lengua. Yo los tragué casi sin masticar, como si así fuera a arrancarme lo que tenía atorado adentro. Flor dejó el último merengue por la mitad y se durmió. Me comí lo que quedaba y, en un ataque de furia, le besé las manos pegoteadas de azúcar. Lamí los dedos

dulces frotándolos contra el paladar hasta dejarlos limpios y después le besé la cabeza, cada una de las cáscaras que asomaban entre el pelo. Flor ni siquiera se despertó.

Quiero creer que hoy es una noche calma y sin nubes. Una de esas noches en que la luna es tan grande y brillante que parece estar al alcance de la mano y da miedo que vaya a desprenderse del cielo.

Es curioso que el mes elegido por la secta para su golpe final haya sido julio. Solo Carmen, que nos conoce bien, podría pensar una broma tan macabra. El accidente de Julia también fue en julio y reconozco que en su momento me causó gracia. No importa; no creo que hubiéramos sobrevivido el resto del invierno sin electricidad ni agua caliente, sin dinero para las cosas más básicas. La comida ya no nos entibiaba porque el frío era sobre todo una presencia. Las habitaciones se habían convertido en ambientes desolados y, a pesar de los muebles, parecían vacías. Largábamos nubes de vapor¹ por la boca y la nariz como locomotoras vivientes. Flor se reía cada vez que una nube blanca me salía de la boca, especialmente si era causada por un rezongo. Yo me sentía más desanimada que nunca e intentaba hablar lo menos posible.

Sumado al frío, el silencio de la casa me fue calando los huesos. El recuerdo de la azotea caía sobre mí como una avalancha; tenía ese poder cataclísmico y me congelaba de pies a cabeza. A veces hasta soñaba con la azotea, casi siempre pesadillas; yo salía a la azotea y el piso se desmoronaba bajo mis pies, se derrumbaba sobre papá y flor, o yo salía a la azotea y la encontraba llena de peces muertos, con un pájaro gigante, mezcla de canario y de buitre, picoteándole los ojos.

Después de la audiencia en el juzgado vinieron unas semanas de viento. Dicen que en los lugares de viento la gente se enloquece; ahora sé por qué. Genera algo malo en el alma, un desasosiego dañino. Dormir me resultaba imposible; sentía goteras y pisadas, pegaba saltos en la cama. El viento me destrozó los nervios y al irse se llevó el poco de sol que quedaba y trajo el invierno más crudo. Fue así, de golpe, o así lo sentimos nosotros que no teníamos con qué calentarnos.

No hace mucho, en una noche tan helada como la de hoy, me desperté con el corazón agitado. Me había dormido en el sillón, con la cabeza hacia atrás, y había tenido otra pesadilla. Las velas seguían encendidas aunque no se derretían con la misma rapidez que durante los meses de verano. Eran las dos de la mañana y el edificio parecía muerto. En noches así de frías los policías no visitaban la cueva del 302 y nadie se hubiera atrevido a andar por los pasillos. Del otro lado de la pared no se oía ni un suspiro; las del 302 estarían acurrucadas bajo las mantas, encastrando los pies unas con otras para calentarse.

Había vuelto a soñar con la azotea: empujaba la puerta y me encontraba con una pila de cadáveres desnudos, mujeres, viejos y niños sin dientes ni uñas, tan flacos como en esas fotos de la guerra. Papá estaba ahí y yo tenía que encontrarlo, sacar los cuerpos desnutridos con cuidado, como quien saca los palitos del mikado.

Me levanté del sillón y recorrí la casa sin saber qué buscaba ni por qué. La sensación de estar despierta era muy leve, más bien confusa. Flor estaba dormida en mi cama, como siempre; la puerta de papá, cerrada. La entreabrí y espí por la ranura. La vela se había apagado y lo único que se oía era el estertor ronco de su respiración entrecortada. Seguí de largo hacia el baño y bajo

el resplandor de la vela me miré al espejo. Me había dejado crecer el pelo. Hacía meses que no me depilaba, y en las piernas y en las axilas me crecieron pelos largos y suaves que se enrulaban en las puntas; incluso las cejas se me unieron sobre el puente de la nariz, desaparejas y puntiagudas. El conjunto me daba un aspecto primitivo que me protegía y me separaba de los demás. Eso estaba bien, ¿pero lo otro? Casi no me había reconocido. La cara pálida y envejecida, como cubierta de moho, Los ojos hundidos de una persona enferma.

Volví rápido al cuarto y me puse el saco de lana que usaba como acolchado. Julia se lo ponía siempre, anaranjado y largo hasta el piso. Caminaba pavoneándose con él y lo hacía girar como un vestido. Yo nunca lo había usado más que como acolchado y al ponérmelo me resultó pesado y artificial, casi un disfraz. No pensaba en lo que hacía, ni siquiera cuando abrí la puerta y trepé la escalera de hierro que llevaba a la azotea.

El frío era seco, del tipo que deja grietas en la piel, y el picaporte estaba congelado. Empujé la puerta con las dos manos; el chirrido hizo eco en el pasillo y se desvaneció. Enseguida, el frío me hizo retroceder. Me apreté contra la puerta y miré la franja negra del cielo. A lo lejos se veía el resplandor de los grandes edificios; un mundo de fantasía, porque en este barrio solo había un foco en la avenida y otro en la cuadra que ni siquiera funcionaba. Los autos me iluminaban al pasar. Cuando se alejaban, el suelo de la azotea se confundía con el aire y era imposible distinguir el pretil. ¿Dónde terminaba la azotea y dónde comenzaba la nada? Me hubiera gustado ver la luna como hoy la imagino, redonda e inmaculada, capaz de alumbrar la casa entera, pero esa noche la luna estaba escondida detrás de unas nubes apenas más claras que el resto del cielo. La noche convertía la azotea en un lugar siniestro y encontrarme ahí, en mi lugar, con mis criaturas, era un triunfo y un desafío.

Durante un rato no me animé a moverme. Después los ojos se fueron acostumbrando y pasé a reconocer algunos matices; la gran mancha del paredón, esa espalda negra y maciza que opacaba el resto de las sombras, la ropa tendida en las cuerdas, las antenas de televisión, mi propia sombra de luna. Aspiré hondo. El frío quemaba la piel igual que el hielo seco, pero ese mismo fuego helado, doloroso, parecía haber atravesado miles de años solo para llegar a mí, solo para limpiarme de la maldad y de la bajeza y convertirme en alguien nuevo.

El saco de Julia voló hacia el costado y sonó como una bandera. Metí las manos dentro del pantalón del pijama para mantenerlas tibias. No llevaba ropa interior y encontré la calidez de mi pubis. Acaricié el vello suave que se había extendido hacia la entrepierna y hacia arriba, donde comenzaba el abdomen. Las calles estaban vacías. Creo que jamás las había visto tan mudas y desoladas. Me sentí la única habitante de la ciudad. Mientras los demás dormían, indefensos en sus camas tibias, yo, poderosa, me convertía en la reina de la noche con mi capa roja. Erguí los hombros y enterré las manos más profundo entre las piernas. Despegué los labios con cuidado y descubrí un calor húmedo y pegajoso. Me alcé por encima de todos, por encima de los árboles, las calles y los autos, y de pronto comprendí el sentido de las cosas, la fuerza que había en ellas. Cerré los ojos para sentir el aire de la noche sin miedo ni apuro. Yo sabía lo que los demás ignoraban, y en ese momento de perfección, cuando todos los elementos de la noche parecían encajar, abrí los ojos y vi la luna enorme emergiendo entre las manchas grises de las nubes. Era un viejo, la cara redonda de un viejo que se asomaba en el cielo.

Cuando volví a casa eran casi las cuatro y fui directo a la cama. Esa fue la última vez que subí a la azotea.

Quiero saber cómo llegué hasta acá, cuál fue el pensamiento o la imagen inicial que me llevó a recordar todo. ¿Cuándo pasó lo de la azotea? ¿Hace una semana? ¿Dos? No estoy segura, pero tampoco sé si importa. ¿Qué son las semanas, de todos modos? Nada más que un número. Otro número sin sentido. ¿Cuántas semanas hacen cuatro años? ¿Cuántos días? Trescientos sesenta y cinco por cuatro. No puedo hacer la cuenta. Tengo frío y creo que empieza a amanecer. Antes de acostarme saqué las frazadas de las ventanas y las doblé en una pila sobre la silla. Estoy tapada hasta la cintura con el saco de Julia pero eso no es suficiente y los pies se me congelaron. Podría levantarme, agarrar una frazada de la pila, pero no voy a intentar moverme, No me gustaría descubrir que tengo el cuerpo muerto y que las manos no me obedecen.

Anoche no pude dormir. Algo intuía, supongo. No sé por qué razón entré al cuarto de papá de madrugada. Me había despertado con una pesadilla y me dolía la cabeza. Cuando las pesadillas son demasiado feas no se pueden recordar; alguien me lo dijo hace un tiempo. De poder recordar las, creo que moriríamos. Cuando alguien sueña que se muere, entonces ya nunca se despierta, se muere de verdad. Porque nadie sueña que se muere, solo sueña que está a punto de morir o que está en peligro, pero nunca llega al final de esos sueños. Muchas veces soñé que Carmen y otras personas sin cara me perseguían para matarme, pero yo siempre lograba salir viva. En un sueño me escondía debajo de una piedra y cuando me desperté no podía parar de reírme. Otra vez soñé que le cortaba la cara a Carmen con un serrucho. Se la cortaba verticalmente, como rodajas de limón.

A veces los sueños son premoniciones. Anoche se me ocurrió que no podía acordarme del sueño que acababa de tener porque había un mensaje oculto. Por eso me desesperé haciendo memoria. Hacer memoria es la peor manera de recordar algo. Cuando papá se olvidaba de algo importante, Julia le decía;

—No pienses. Va a venir solo.

Lo que anoche me preocupaba era que papá tuviera fiebre, Últimamente tenía fiebre todos los días y no le bajaba ni con paños mojados. Pero hice un esfuerzo y aguanté un poco más en la cama. Julia siempre se burlaba de mí si me levantaba a mitad de la noche e iba al cuarto de ellos. *Venía*, debería decir, porque ellos dormían en este cuarto, en esta cama, y yo en el cuarto que ahora es de papá.

—Hay algo en mi cuarto —le decía.

Julia se hacía la dormida y yo me quedaba parada junto la cama, apretándome la bombacha entre las piernas. Después Julia abría los ojos y fingía no haberme sentido entrar. Se levantaba refunfuñando y me llevaba de la mano hasta el cuarto. Prendía la luz y mirábamos alrededor.

—¿Ves algo raro? — me preguntaba.

—No, Ahora se fue.

Pero ella me obligaba a inspeccionar debajo de la cama. Yo odiaba mirar ahí porque estaba lleno de pelusas y de objetos perdidos que parecían bichos muertos.

Un día se enojó y me hizo barrer con la mano debajo de la cama para asegurarme que no había nada. Fue asqueroso. La mano salió negra y una bola de pelos me quedó enredada entre los dedos. Me tuve que lavar en medio de la noche, con el agua congelada que demoraba horas en entibiarse. Por eso prefería no levantarme y aguantar el miedo lo más posible.

En aquella época había árboles en la vereda. En verano se llenaban de hojas y no se podía ver el muro de la iglesia. De día eso era bueno, yo odiaba el muro. Pero de noche las hojas se agitaban y sonaban como serpientes cascabel. Me despertaba de madrugada y miraba las sombras

en la pared. Las sombras no se quedaban quietas y a veces dudaba de que fueran arañas o ladrones caminando en la oscuridad. Si eran ladrones, lo mejor era hacerse la dormida, así robaban rápido y se iban. Pero si eran arañas podía ser peligroso. Una araña pollito era capaz de matarte antes de llegar al hospital. En la escuela me habían dicho que el veneno paraliza los pulmones: te pones morado, se te hincha la garganta y el aire no pasa más. En la clase jugábamos a ver quién aguantaba más tiempo la respiración. El máximo fue un minuto diez. Ni siquiera en dos minutos o en tres se podía llegar al hospital.

—¿Y si vas en helicóptero?

—No se puede ir en helicóptero al hospital —dijo un chico.

—¿Por qué?

—No sé, pero no se puede.

Yo estaba segura de que me iba a picar una araña pollito. A cada rato sentía algo que me caminaba por las piernas y los brazos, y después tenía la sensación de que me subía por la nariz. A veces eran pelos o lanas de la colcha, pero otras veces no era nada.

Un día vinieron unos camiones y arrancaron los árboles de raíz. Tenían unos coquitos amarillos y peludos que en primavera se caían y ensuciaban la cuadra, y pensé que tal vez se los hubieran llevado por eso. Después me enteré que no.

—No sé por qué los sacan, si los asesinos son ellos —dijo papá, pero yo nunca entendí a quién habían matado los del camión.

Así que anoche también aguanté lo más posible antes de levantarme, por pura costumbre. Esperé hasta ver el reflejo del amanecer, un reflejo que solo yo podía notar porque me había convertido en una experta en matices de luz, y entré al cuarto de papá. Un silencio inhumano se clavaba al aire como en una catacumba. No me animé a prender la vela; me moví tanteando en la penumbra hasta que palpé el respaldo de la silla. La cama estaba a unos pasos de mí, donde apenas se perfilaba el contorno de papá bajo las frazadas. Fui hasta la jaula y la empujé para despertar al canario. Siempre que le sacudía la jaula, el pájaro sacaba la cabeza del pecho y agitaba las alas asustado. A papá no le gustaba que hiciera eso, e incluso si estaba dormido, se despertaba y me decía algo. Pero esta vez no se despertó y el pájaro tampoco. La jaula se balanceó en el aire y apenas hizo el ruido de las hamacas en el parque. Fijé la vista en la oscuridad; no estaba parado en el palito de siempre. Caído boca arriba, con las patas duras y semi extendidas, estaba muerto. Un animal disecado.

La vida de papá y la del pájaro fueron vidas sincronizadas. Creí que lograría evitar el tema del pájaro y de la sincronización, pero me equivoqué. Ya no tiene sentido mentirme. Al principio casi me oía decir “No recuerdes, por favor”, y a la vez, irremediablemente, lo estaba trayendo a la memoria. Desde la medianoche, cuando me acosté y me tapé hasta la cintura con el saco de Julia, supe que me estaba dirigiendo hacia este instante feroz. Supongo que tenía la esperanza de que ellos llegasen antes. Que me lleven y me hagan lo que quieran, pero rápido, antes de que mi mente ponga el punto final. Porque después, ¿qué hay? ¿Acaso voy a volver a empezar? ¿Voy a recordar como en una rueda sin fin, como en una Tierra redonda de la que no hay escapatoria?

No sé cuántas horas habrán pasado. Pueden ser las seis, tal vez las siete. El paredón hace difícil el cálculo, sobre todo en invierno, porque depende de si el día está nublado, si llueve o si hay sol. Una luz muy tenue ilumina la pared bajo la ventana. Las siete y media, no más. El edificio está demasiado quieto para ser tan tarde, pero hoy es un día especial.

Cuando no puedo dormir me pienso en el color azul. Cierro los ojos y me concentro en pintar el espacio de azul oscuro. El azul me tranquiliza, me hunde en el abismo de la mente y ya no consigo sentir el cuerpo. Las manos parecen estar a cientos de metros; las piernas me cosquillean y no puedo distinguir ese estado del sueño verdadero. No sé cuántos años hace que lo hago o si lo hice desde siempre y una noche me di cuenta. Tampoco sé por qué razón hablé elegido ese color. Varias veces traté de cambiarlo y no funcionó. Las noches en que pensé en blanco, nunca conseguí dormir. Hacía asociaciones de ideas y relacionaba el blanco con la pared y la pared con el canario y el canario con papá, o el blanco me recordaba las medias de Flor y entonces pensaba que tenía que comprar un par nuevo y eso, por supuesto, me llevaba a pensar en Carmen y ya perdía por completo la posibilidad de dormir. Si me concentraba en el rojo o el negro tenía pesadillas: guerras, sangre, edificios que se derrumban. Solo cuando pinto todo de azul, duermo tranquila. Al otro día estoy como nueva, con la sensación de haber dormido diez horas, aunque haya tenido que levantarme cinco veces para acunar a Flor o para vigilar que la puerta esté cerrada.

De alguna manera me sorprende que hoy no funcione. Lo siento como una traición de mi cerebro; el muy idiota sigue aferrándose a los recuerdos y no me responde a mí, su dueña. Creo que ya no me queda ninguna parte del cuerpo que me responda, es eso. Lo peor es que duele; hasta el recuerdo más feliz. La sonrisa de papá, duele. Los juegos con Flor, duelen. Los cuentos, las caricias, las manos bajo la sábana, duelen. Si pudiera levantarme, con gusto me daría la cabeza contra la pared para dejar de pensar. Pero no puedo. Fue mi culpa haber llegado hasta acá: no debería haber empezado nunca.

Cerca del mediodía volví a entrar al cuarto de papá. Flor corrió hacia la cama y se le sentó a caballo sobre las piernas. El olor era nauseabundo. No solo por el pájaro muerto, sino por el encierro y la suciedad. Desde la audiencia en el juzgado había perdido las ganas de ocuparme de la casa y podían pasar días sin que me acordara de cambiar las sábanas o la chata de papá. Tampoco tenía productos de limpieza ni suficiente agua para tirar la cadena cada vez que usábamos el baño. Las bolsas de basura se iban acumulando en la cocina y recién cuando empezaban a entorpecer el paso, juntaba fuerzas para sacarlas. Corrí la frazada que cubría la ventana y abrí los postigos. Una ráfaga de viento helado renovó el aire. La jaula se hamacó con un mido que me resultó tenebroso. Era un día de sol.

Flor siguió saltando sobre las piernas inmóviles de papá hasta que él abrió los ojos. Las pestañas le dibujaron un semicírculo lento y penoso, dio un rodeo con la mirada y finalmente se detuvo en mí. Yo había pasado la mañana pensando en el canario, en su cuerpo disecado sobre el papel de diario y en cómo iba a decírselo a papá. Supongo que los nervios me traicionaron, porque en un acto reflejo levanté los ojos hacia la jaula. Fue una mirada rápida, pero tan desesperada, tan ávida de milagro, que papá no necesitó nada más para darse cuenta.

—Clara —dijo, y ahora que lo pienso, esa fue la última palabra que pronunció.

Yo habría dado cualquier cosa para que ese pájaro repulsivo se levantara y empezara a piar, cualquier cosa.

—Hace un día precioso —le dije.

Flor había ido trepando por las piernas de papá hasta la cintura y metió la cara entre los pliegues del cuello. Sopló con fuerza hasta sonar como una trompeta averiada. "El estornudo de la vaca", le decía ella. Todas las mañanas despertaba a papá con el mismo bufido y él aguantaba las cosquillas y se hacía el dormido hasta que los soplidos de Flor eran tan violentos y las carcajadas tan sonoras, que por fin abría los ojos y fingía un susto tremendo, como si acabara de descubrir que una vaca lo estaba atacando. Entonces se llevaba la mano al pecho, con gesto aterrado, y dejaba caer la cabeza a un lado. Flor lo movía para asegurarse y después decía:

—¡Soy yo. bobo! ¡No soy la vaca!

Él no reaccionaba, se bacía el muerto un rato más mientras ella lo sacudía y le pellizcaba la nariz hasta que finalmente resucitaba.

Pero esta vez Flor no encontró respuesta a sus estornudos. Era muy simple: la ausencia del canario había quebrado la rutina. Es cómico y terrible vivir dominado por un canario. Pero puede ser muy real, más real que todo lo demás. De pronto el pájaro se muere y el círculo vital de la casa también se rompe.

Flor siguió resoplando en el cuello de papá.

—Dale, tenes que morirte... ¡Soy la vaca!

Le acercó la boca al oído y le susurró:

—¿Papá? Soy la vaca.

Él levantó un brazo con mucho esfuerzo y lo pasó sobre la espalda de Flor. Ella esperó unos segundos, pero al ver que él no jugaba se escurrió del abrazo y bajó de la cama. Yo me quedé

sentada en el borde; me pareció que lo mejor sería no mencionar al canario. Estiré la mano y la puse sobre la de él. Tenía la piel suave y afiebrada.

Flor estaba descalza y patinaba sobre dos medias viejas. Se agachó junto al balde de agua, llenó uno de los potes de plástico que usábamos de bebedero para el canario y me lo alcanzó. Me levanté y fui hasta la jaula, como si nada hubiera pasado. Abrí la puerta de metal y puse el pote de agua adentro. Los ojos del pájaro, redondos y sin pestañas, me devolvieron una mirada seca. Volví a sentarme y a poner la mano sobre la de papá. De pronto me sentí perdida, como si estuviera dando vueltas en círculos en un lugar desconocido, buscando puntos de referencia que nunca iba a encontrar porque nunca antes había estado ahí. pero aún intentándolo, aún creyendo. Esperé que él dijera algo, después de todo era mi papá. Se estaba muriendo, sí, pero seguía siendo mi padre y yo esperaba algo de él: unas palabras seguras, una promesa de que todo iba a estar bien.

Flor se nos acercó patinando.

—Pónete las medias —le dije.

Se sentó en cuclillas a mis pies y metió los brazos dentro de las medias que le llegaron hasta el codo como guantes de princesa. Se me trepó a la falda y le acarició la cara a papá con sus guantes nuevos. Estaban sucios, con la planta negra de pelusas, pero no le dije nada. Se había puesto a hablar en su idioma de muñecas, un murmullo que no significaba nada pero que nos resultó un alivio. Flor llenaba el silencio que a papá y a mí nos separaba, un silencio que había comenzado cuatro años antes. Fue entonces que él me apretó la mano. Fuerte, con las últimas energías. Yo le devolví el gesto pero no me animé a mirarlo. Papá siempre había sido un misterio para mí, y ahora me apretaba la mano y yo no podía entender qué significaba eso, qué había significado para él cada rato que pasamos juntos.

Nos quedamos en su cuarto el resto de la tarde. No hablamos del canario ni de lo que estaba pasando porque no era necesario. En el pasillo había un bullicio irreal; se estaban preparando. Subían y bajaban la escalera, canturreaban y se reían en los rincones. Tal vez creyeran que no me había enterado. Yo disfruté cada minuto de mi falta de ansiedad. Imaginé a Carmen aplaudiendo con las manos como sartenes y dando órdenes a diestra y siniestra. También estaban los policías, probablemente formados a los lados de la escalera. Querían tener un papel importante en la procesión: el gran evento de sus vidas.

Yo, Flor, papá, en ese orden, formamos una cadena de peluqueros. Flor se paró delante de mí y le hice dos trenzas; ella le revolvió el pelo a papá y le probó varios peinados. Era fácil porque papá terna el pelo tan sucio que se quedaba de cualquier manera que se lo peinara. Trabajamos en silencio, no por miedo a que nos oyeran sino porque la tarea requería la mayor concentración. La cabeza de papá parecía un nido: los mechones sobre las orejas le salían disparados para cualquier lado y había agarrado volumen en la coronilla.

—Tu cabeza es un nido — le dije, y enseguida le pregunté a Flor:—. ¿Cómo es la cabeza de papá?

—¡Un nido!

Nos reímos. La respiración, de papá era tan débil que por momentos parecía que no respiraba. Pero sí, había vida en él. y eso lo sabía sin necesidad de inclinarme y de tocarle el pulso, sin necesidad de traer el espejito. No es lo mismo un vivo que un muerto, ahora lo sé. Lo que se va es demasiado grande como para no notarlo.

Las abejas viven en panales, esos nidos marrones con puntas como espinas. Sin la abeja reina, el enjambre se disuelve y abandona el panal. No sé qué hacen las abejas cuando la reina muere, pero oí decir que se separan y salen a volar por ahí. Puede que muchas se mueran o se pierdan. ¿Por qué pienso en las abejas justo ahora? Todo el tiempo creí que yo era el eje de esta casa. No es que me creyera más importante, pero sin mí no habrían resistido ni una semana. Carmen se los habría devorado en un santiamén, Yo conocía mi misión y la cumplí hasta el final, Tal vez sea un orgullo que ahora no conduzca a nada, pero me ayuda a enfrentar a Carmen y a su tribunal, cualquiera sea la sentencia.

Lo que aprendí es que todas las cosas tienen un eje que las mantiene en pie. Quedamos Flor y yo, y eso sí que no tenía sentido. Primero el pájaro, después papá, ¿y nosotras, qué? La sincronización no iba a detenerse ahí. Sin papá, solo quedaba volar o morir, como el enjambre sin la abeja reina. Lo pensé, lo supe más bien, mientras miraba a Flor sentada en el suelo, pisando una vela con un tenedor y concentrada en esa tarea como si la vida dependiera de eso: hacer puré de vela.

Cortó la vela en pedazos chicos y los fue aplastando en orden, empezando por el más cercano al borde del plato. La cera se trancaba entre los dientes del tenedor. Ella la limpiaba con paciencia y volvía a empezar, Flor es un nexo, pensé. Sin nada que unir, ¿qué razón de existir tenía ella? Y, ¿yo? ¿De qué servía yo de ahora en más?

Terminó de deshacer la vela y revolvió el polvo blanco con los dedos. Después se levantó y caminó hasta donde yo estaba sentada.

—Mídala comidita que te hice —dijo.

Muy seria, me puso el plato bajo la nariz. El olor a vela era penetrante. Agarré el plato, agradecí y fingí comer, pero ella se quedó mirándome. Pobrecita, un nexo sin sentido, una cuerda que no ata nada. Con la punta de los dedos junté un poco del polvo y me lo metí en la boca. Me vino una arcada fuerte. La cera se pegaba a la lengua formando un engrudo difícil de tragar, pero Flor no me sacaba los ojos de encima y esperó a que terminara el plato. Entonces me lo sacó de las manos;

—Muy bien —dijo—. Vas a ser fuerte y grande.

Me levanté e hice un recorrido por la casa. No quise enjuagarme la boca y hasta ahora puedo sentir en la lengua, pastoso y agrio, el sabor de la cera. Al pasar junto al ropero miré las fotos. La cinta adhesiva se había puesto amarilla y dura.

—Ayúdame a sacar esto —le dije a Flor—. Nos vamos de viaje.

—¿Vamos a ver a los pajaditos?

—Sí.

—¿Papá también?

—Sí. nos vamos los tres.

Fuimos despegando las fotos con cuidado, tirando los pedazos de cinta al suelo y poniendo las

fotos en una bolsa de nailon. Cuando oscureció prendí todas las velas que quedaban en mi cuarto; el resto de la casa se hundió en la oscuridad y prácticamente la olvidamos. Seguimos despegando las fotos casi en silencio. La luz de las veías parpadeaba y parecía que las paredes iban a juntarse. Flor se acercó a una de las velas y levantó el

platito. Me miró de reojo porque sabía que con las velas no se jugaba, pero yo no la rezongué y eso alcanzó para que se acomodara detrás de la llama.

—Soy la bdujaaaa —dijo, y se puso a hacer las risas con las que papá le había enseñado las vocales: je-je-je, ji-ji-ji, jo-jo-jo.

Las sombras le deformaban la cara: los ojos profundos y huecos, la nariz como un pico de águila que se derramaba sobre la pared.

—Vení — le dije—, ahora vamos a cortarlas así.

Rompimos las fotos en muchos pedazos, par a que fuera imposible reconstruirlas, y los metimos dentro de la misma bolsa.

—Ahora revolvé.

Revolvió metiendo los brazos hasta el codo y yo até la bolsa con un nudo doble. Flor estaba cansada, se le cerraban los ojos pero no quería dormirse. No se despegaba de mis piernas y me seguía preguntando cuándo íbamos a visitar a los pajaritos.

—Todavía no. Flor. Primero hay que preparar todo. Mañana.

—¿Mañana?

—Sí, mañana, pero primero tenés que dormir.

Fui a la sala y empujé la cómoda hasta recostarla contra la puerta. La cadena ya estaba puesta. Verifiqué que la cerradura estuviera con dos vueltas; la mirilla seguía tapada con papel higiénico. El ruido en la escalera se había acabado; supongo que ahora estarían expectantes, empujándose para pegar la oreja en la pared del 302.

Flor se subió a la cama; apenas podía tener los ojos abiertos. Esos ojos grandes, tupidos de pestañas. ¿Qué iba a hacer ella sola en este mundo? Tan indefensa, un animalito rosado con cáscaras en la cabeza. Nadie iba a quererla así, nadie iba a besarle las cáscaras como había hecho yo.

Miré el reloj: las once y treinta y ocho. La tapé con dos frazadas, le acomodé el peluche entre los brazos y le di un beso de buenas noches. Le dije lo de siempre:

—Que sueñes con los angelitos.

Creo que cuando me acosté sobre ella ya se había dormido. Al principio no le molestó el peso de mi cuerpo. Lo demás pasó en un segundo. Supongo que las criaturas no se resisten demasiado; para ellas todo es un juego. Tembló y pataleó un poco, pero enseguida cedió a la presión y quedó inmóvil, como dormida.

Tardé un rato largo en despegarme de ella. Al principio pensé que no iba a encontrar las fuerzas para levantar me, que me quedaría hundida en ese pequeño cuerpo hasta que ellos llegaran. Cuando por fin me levanté, le cubrí la cabeza; no podía mirarla. Terna miedo de caer en la tentación de tocarla y descubrir que ya estaba fría. Fue entonces que decidí sacar las frazadas de las ventanas. Las doblé en una pila sobre la silla, levanté a Flor en brazos, con frazada y todo, y la llevé al cuarto de papá.

Amanece. Todos los que desde un principio quisieron destruirme, festejan y brindan en *La*

gran carpa de Carmen. Deciden, seguramente, el peor final para nosotros. Yo los espero tranquila y me reservo una última risa apretada entre los labios secos. Una risa que va a sonar como un estallido en esta noche fría y acabada. Que traigan su veredicto. Que vengan a traerlo. No se imaginan que me he fabricado la única victoria posible. No saben que de nosotros ya no queda nada.



LA AUTORA



FERNANDA TRÍAS

(Montevideo, 1976) Es novelista, traductora y magíster en Escrituras Creativas de NYU. En los últimos años ha vivido en lugares como Provins, Berlín, Valparaíso, Buenos Aires y Nueva York. En 2004 obtuvo la beca para escritores Unesco Aschberg y en 2006 recibió el Premio a la Cultura Nacional de la Fundación BankBoston. Ha publicado las novelas Bienes muebles (Brutas Editoras, 2013), editada en España bajo el título *La ciudad invencible* (Demipage, 2014), y el libro de relatos El regreso (Trópico Sur, 2012). Algunos de sus textos han sido incluidos en antologías publicadas en Colombia, Perú, Uruguay, Estados Unidos, Inglaterra, España y Alemania.